

Recuérdame

qué es el

AMOR



Johanna Sanz

Recuérdame qué es el amor

Johanna Sanz

Obra registrada:
Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO 1

—¿Te envía la agencia?

Eliza Condor contempló atentamente a la mujer pulcramente vestida que caminaba nerviosa por la espaciosa sala de espera de la oficina del señor Kenerlan.

—¿Perdón?

—Tú también has venido por lo de la entrevista de trabajo, ¿verdad? —preguntó la mujer—. Soy licenciada en empresariales, hablo inglés, francés, español y alemán y por supuesto, un master en programación y gestión. Llevo preparándome para este trabajo durante años, pero ahora me informan que van a hacer entrevistas en vez de la selección habitual y directa desde la agencia. Trabajar para Dannyel Kenerlan era un hecho hasta hace unos días que me encuentro con una competencia...

La mujer la miró de arriba abajo con desagrado y apartó la cabeza sin terminar de hablar.

Y, aunque en ese instante Eliza comprendió que posiblemente terminaría siendo humillada, levantó la cabeza y dejó que la mujer siguiera mascullando en voz baja.

Desde su punto de vista, aquella mujer tendría todos los estudios que quisiera tener y alguno más, hasta podía hablar en chino mandarín o vestir de Versace, pero estaba suspendida en educación y buenos modales.

Se ahorró el suspiro que ya salía desde lo más profundo de su pecho y prestó atención al bolso viejo, bastante desgastado por los extremos que comenzaba desteñir el color marrón oscuro por uno más claro y trató de ocultarlo debajo de su amplia chaqueta estampada.

Una entrevista de trabajo.

Desde que había entrado en el gran edificio acristalado que subía hasta el flamante despacho del señor Kenerlan, ella había imaginado que tendría que esperar a Laura, su amiga de la infancia y mejor amiga que trabajaba en una de aquellas oficinas haciendo no sé qué de relaciones públicas o algo parecido a lo que nunca había prestado demasiado interés, en el gran vestíbulo, dónde varios miembros de seguridad y algunos empleados con bonitos uniformes negros, detenían a todos los que entraban y no disfrutaban de una bonita etiqueta colgada al cuello que los identificaba como algo, ya fueran trabajadores, amigos o quién sabía qué, para preguntarles a dónde iban, qué querían e indicarles el camino o llamar a alguien para que los guiasen o simplemente, echarles sin ningún tipo de piedad.

Eliza sabía donde trabajaba Laura por una tarjeta que le había dado uno de los días que habían quedado. No eran muchos. Desde que las dos se habían casado, habían reducido las visitas y cuando Eliza se había divorciado y Laura había tenido su primer hijo, éstas se redujeron aún más. Eliza había llevado fatal la infidelidad de su marido después de tan sólo un año de casados, comprendiendo el poco interés que Mike había tenido de tener sexo con ella. Los trámites del divorcio habían sido rápidos y Eliza había buscado rápidamente un trabajo, entrando a un mercado laboral con bastantes limitaciones para ella, ya que se había casado a los dieciocho y había abandonado el sueño de ir a la universidad.

Laura le había ayudado a encontrar un trabajo hablando con uno de los amigos de su marido que trabajaban en una agencia de viajes y durante tres años se había volcado a ello, convirtiendo

su vida en una monótona existencia donde el trabajo era lo único importante.

Pero aquel día había querido darle una sorpresa a Laura, apareciendo en su trabajo con la idea de ir a comer juntas, aprovechando su primer día de vacaciones y esperando que Laura pudiera salir a comer, pero cuando se acercó al mostrador y uno de los chicos colgó el teléfono que volvió a sonar automáticamente y la miró, ella balbuceó algo mientras él levantaba un dedo con una disculpa y tras unos minutos en los que su voz irritada no se levantó más de un susurro, levantó la mirada y sonrió.

—¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a... —Eliza sintió la presión de las personas que hacían cola a su espalda y buscó la tarjeta de su amiga en el bolso, tratando de agilizar la explicación.

El chico miró a su espalda con algo de ansiedad, mirando también la cola que se había creado e hizo una mueca cuando el teléfono volvió a sonar. Miró a una de sus compañeras que tenía dos líneas abiertas en ese momento y las atendía como podía.

—¿Viene por lo de la agencia?

—¿La agencia?

El chico hizo unas señas a una mujer que bajaba en ese momento con una carpeta agarrada con firmeza sobre el pecho y se acercó a ellos.

—Acompáñala arriba.

La mujer no había dicho nada; la había mirado un momento, sin demostrar nada en su expresión severa que acompañaba muy bien a su peinado recogido en un anticuado moño y su falda estrecha de color gris que casi se acercaba a los tobillos, y le pidió que la siguiera, conduciéndola hasta los ascensores que se encontraban al fondo del vestíbulo y hasta se había encargado de llamar y pulsar los botones del ascensor y dejarla dentro de la sala de espera junto a seis mujeres más, después de echarle una ojeada a su indumentaria, eso sí, aunque de una manera más discreta y más elegante que la mujer que seguía paseándose por el alfombrado suelo y frotándose nerviosa las manos a la espera que la candidata número quien sabe saliera y pudiera entrar y demostrar sus amplios conocimientos y capacidades.

—¿No te parece que está tardando demasiado?

Eliza levantó la cabeza y sacudió lentamente la cabeza, preguntándose si realmente a la mujer le interesaba su opinión sobre el tiempo que había transcurrido desde la última vez que se había abierto la enorme puerta de madera.

—No especialmente.

Llevaba cuatro horas ahí sentada. Diez minutos más o menos no suponían una diferencia demasiado grande si realmente podía llegar a ver al señor Kenerlan.

Vale, sí, se estaba comportando como una adolescente caprichosa y atolondrada que había pasado la noche fuera de un hotel donde se alojaba su cantante favorito del que estaba platónicamente enamorada.

Pero era Dannyel Kenerlan. Laura se había olvidado de mencionar en sus raros encuentros que trabajaba para ese hombre, uno de los pocos empresarios tan condenadamente ricos y apuestos que hasta se encontraba en las portadas de las revistas de cotilleos como uno de los solteros más codiciados.

Sí, sí. Lo sabía. No era racional el motivo que la mantenía sentada en una de esas sillas acolchadas a la espera de ser entrevistada para un puesto de trabajo en vez de levantarse y explicar el error que se había cometido, pero posiblemente era la única vez que tendría para ver cara a cara a un hombre así y la tentación había sido demasiado fuerte.

Después ya se reiría sobre lo ocurrido con Laura.

En ese momento volvió a abrirse la puerta y la mujer que había entrado hacia un rato salió de la habitación, caminando con sus altos tacones y una elegancia admirable hasta desaparecer de su vista y de la del hombre que indicó a la ansiosa mujer que no había dejado de moverse y de hablar durante la entrevistas anteriores que pasara al despacho.

La mujer levantó la cabeza, estirándose como el cuello de una jirafa y pasó al lado del hombre, prácticamente golpeándole el brazo al hacerlo. Antes de volver a cerrar la puerta, el hombre de expresión grave y unos ojos pequeños y claros, se acercó hacia ella y le entregó una hoja en blanco.

—La agencia no ha enviado su currículo aún. Si fuera usted tan amable de rellenar estos datos...

Y le entregó otra hoja con varias preguntas en las que se interesaban por su ficha académica, vida laboral, entorno social... demasiadas cosas personales para conocer a un solo hombre. Por muy interesante que éste pudiera ser y por muy loca que se volviera al verlo en una portada de revista.

—Por supuesto —aceptó en cambio con una tímida sonrisa mientras aceptaba el bolígrafo y la carpeta que le entregó el hombre antes de regresar al despacho del señor Kenerlan.

Eliza rellenó los datos que le pedían, añadiendo algunas mentiras para salir del paso pero sin exagerar sus cualidades o aptitudes, y antes de que la mujer saliera del despacho, el hombre volvió a salir a por la hoja, echándola un vistazo para comprobar que había rellenado todo y volvió a regresar dentro, minutos antes de que volviera a salir detrás de la nerviosa mujer que apareció con una cara mucho más pálida de la que había entrado y mucho menos estirada. Cuando el hombre le indicó su turno, Eliza dudó, replanteándose si debía o no pasar, pero finalmente se levantó y se alisó la falda de pliegues echando un vistazo al enorme espejo que adornaba la pared de enfrente y observó su aspecto, para nada el adecuado que se esperaba de una secretaria de un lugar así.

Llevaba una blusa granate, una anticuada falda larga de pliegues, una chaqueta de punto estampada y botines de tacón ancho. Su pelo era un desastre, recogido en una coleta baja, ni siquiera brillaba como el de la mujer que acababa de salir, siendo simplemente castaño. Tampoco tenía un rostro atractivo o encantador, ni siquiera llamativo.

No, ella tenía el rostro excesivamente alargado para su gusto, la boca demasiado pequeña y unos ojos avellana a los que ella no encontraba ningún atractivo.

Suspiró despacio para infundarse valor y caminó sin la misma rigidez que las mujeres que la habían precedido al interior del despacho del señor Kenerlan, dispuesta a concederse un capricho después de tantos años de sequía emocional.

CAPÍTULO 2

John miró a la mujer una vez más y después a la fotocopia que ella había rellenado en la sala de espera.

—¿Puede repetirme su nombre? —preguntó Dannyel con una expresión entre la sorpresa y la incertidumbre.

Él no podía juzgar la actitud tan poco ortodoxa de esa última entrevista. Sin duda alguna, tenía que ser bastante desconcertante encontrar a una mujer como Eliza Condor sentada al otro lado de la gran mesa de cristal, con las manos recatadamente sobre su regazo en el que ocultaba un descolorido bolso que no destacaba con su ropa informal y bastante... inapropiada para ese momento.

—¿Perdón?

Desde que había entrado, la mujer se había comportado de una manera bastante extraña, cohibida, nerviosa y su reacción al ver a Dannyel había sido exagerada. Tampoco había tenido ningún interés en hablar sobre su currículum y había evadido las preguntas, sin mostrar un interés real por conseguir aquel puesto de trabajo.

Dannyel la había observado y había dejado que él se encargase de hacer las preguntas, posiblemente estudiando la reacción de la mujer tal y como había estado haciendo con el resto de las candidatas, mujeres en todos los aspectos mejor cualificadas, preparadas y aptas para aquel puesto de trabajo.

—Su nombre —insistió Dannyel sin cambiar la expresión y sin dejar de mirar a la mujer que se había sonrojado al encontrarse con la mirada de Dannyel.

—Eliza —dijo ella suavemente—. Eliza Condor.

Realmente Dannyel podía haber revisado sus datos en la hoja que tenía delante. Si aquella mujer tenía algo bueno, era una excelente caligrafía, pero Dannyel nunca miraba un papel una segunda vez al menos que hubiera algo interesante que quisiera comprobar y tenía una excelente memoria. No había pretendido conocer el nombre, había querido que ella lo dijera.

—Eliza Condor —repetió Dannyel, acomodándose en el respaldo de la silla y entrelazó las manos, sin dejar de mirar un momento a Eliza—. Dice que tiene... veintidós años...

—Eso es.

—Bien. ¿Empresariales?

Ahí la mujer dudó y Dannyel enarcó ligeramente una ceja.

—Sí... —musitó.

—Bien.

—¿Universidad?

—Pero no terminé la carrera —se apresuró a añadir Eliza en un tono un poco más alto, inclinándose hacia delante.

Dannyel asintió despacio, sin dejar de mirarla y la mujer volvió a su posición inicial, revolviéndose incómoda en la silla.

—¿Cuántos años?

—¿Qué? Oh... dos.

—¿Dos años de empresariales?

—Sí...

—Idiomas...

Eliza sonrió forzada.

—Uno...

—Uno —repitió Dannyel girando un momento la cabeza para mirarlo—. Uno.

John no respondió. Dannyel no quería una respuesta; podía ver bien la sorpresa en sus ojos y ahora también la intriga.

—Sí... bueno...

Dannyel volvió a mirar a la mujer.

—Dígame, señorita Condor ¿qué le interesa de este trabajo?

—¿Perdón?

Eliza se frotó las manos y apretó con fuerza el bolso en ellas. Parecía preparada para salir corriendo en cualquier momento.

—Sí, la agencia ha estado preparándola para este trabajo, ¿no es así?

John miró a Dannyel con curiosidad. Llevaba trabajando para él desde hacia diez años, prácticamente desde que aquel hombre había entrado a ese negocio y había ascendido como la espuma, pero era la primera vez que lo veía de esa manera.

—Sí...

—¿Por qué escogió prepararse para algo así?

La confusión en la mirada de la joven era relevante y John sabía que el lenguaje corporal que transmitía Eliza no pasaba por alto a Dannyel.

Esa mujer mentía.

Era evidente que la agencia no la había enviado, por eso no habían recibido su currículum por fax como el del resto de candidatas. Había sido su error no comprobarlo y después tendría que dar unas disculpas a Dannyel, pero esa mujer estaba allí sentada, siendo entrevistada como si hubiera sido asignada para aquello.

Tampoco decía la verdad respecto a su currículum. La manera que tenía de revolverse cuando respondía a una pregunta la delataba y John se preguntaba hasta qué punto sus datos personales serían ciertos.

—Eso...

Era obvio que la mujer no sabía que responder. Algo que resultaba un misterio y que posiblemente intrigaba al calculador de Dannyel. Si alguien pretendía infiltrarse en la empresa, ¿no sería lo normal tener al menos un conocimiento básico de lo que estaba haciendo y de lo que iba a responder? Aquella mujer actuaba como si se hubiera equivocado de habitación al entrar y no supiera cómo regresar al principio.

—Supongo que estará interesada en las telecomunicaciones.

John enarcó una ceja y miró la expresión impasible de Dannyel. Había entrecerrado los ojos y miraba intensamente a la mujer.

—Oh, sí, por supuesto.

—Y como esto es una empresa de telecomunicaciones, usted querría entrar en ella, ¿es eso?

La mujer parpadeó y se arregló uno de los tantos mechones desordenados que caían por su cara.

—Oh... sí, eso es... sí.

John suspiró.

Aquella empresa era el pilar de una cadena de hostelería, muy lejos de afincarse en el mundo de las telecomunicaciones y esa mujer rallaba en lo absurdo. ¿Qué había ido a hacer allí cuando ni siquiera sabía dónde se encontraba?

Era el momento de acabar con aquella farsa.

John dio un paso hacia Dannyel y fingió no darse cuenta que Eliza levantaba la mirada y le observaba mientras se movía por la habitación.

—Señorita Condor, muchas gracias por...

—Sí, ha sido un placer conocerla —le interrumpió Dannyel, sorprendiéndola a ella y a él, levantándose con una sonrisa que no parecía natural—. Creo que es la candidata perfecta para el puesto de secretaria.

John tosió abruptamente, pero la expresión de incredulidad de la mujer no pudo ser muy diferente al que él mismo puso, mirando a Dannyel como si se hubiera vuelto loco.

—Señor Kenerlan, si me lo permite...

—John, quiero que ayude a la señorita Condor a instalarse en su despacho y que le explique un poco el funcionamiento y los deberes que tendrá que manejar mientras sea mi secretaria.

—¿Ahora?

Eliza se levantó también.

—¿Hay algún inconveniente? —se interesó Dannyel, dedicándole a la mujer una nueva sonrisa que hizo que parpadeara confundida, aunque su rostro pálido daba más la sensación de ir a vomitar en cualquier momento.

—No... pero...

—¿No estaba interesada en el puesto?

—¿Eh? Sí... —parecía desesperada por encontrar las palabras correctas para salir corriendo de allí—, pero...

—¿Pero?

La mujer abrió y cerró la boca varias veces sin llegar a decir nada, aún buscando algo para decir y cuando por fin pareció encontrar la voz para hablar, sonó débil, asustada, reafirmando su idea de que se pondría a vomitar en cualquier momento. Incluso estaba seguro de que su color de cara se estaba volviendo de un tono parecido al verde.

—Creo que hay mujeres más capacitadas que yo para el puesto... —murmuró despacio, bajando la mirada como si no fuera capaz de sostenérsela a Dannyel.

—Permítame que sea yo quien decida algo así, señorita Condor —siguió Dannyel sin borrar la sonrisa ni dejar de mirarla—. Y en mi opinión es la candidata perfecta para el puesto así que a menos que no esté interesada...

—No, no es eso... yo...

—Estupendo —exclamó, dando por zanjado el asunto y se giró para mirarlo—. John, por favor. John sacudió la cabeza.

Dannyel ya no estaba solo sorprendido e intrigado. Se estaba divirtiendo.

—Como usted desee.

CAPÍTULO 3

—Posiblemente no sea de mi incumbencia pero...

—Mejor no continúes la frase.

John levantó una ceja, contrariado.

No entendía los motivos por los que Dannyel había aceptado a esa mujer como su secretaria. No sólo mentía, sino que debía tener algún motivo para hacerlo.

Y no es que no imaginara el motivo.

Eliza Condor había devorado a Dannyel con la mirada, embobada, demasiado nerviosa desde que había entrado y hasta había estado a punto de caerse de la silla cuando él le había pedido que tomara asiento.

—No es la primera mujer que viene interesada por ti.

—Es verdad.

Dannyel se levantó y rodeó la larga mesa, caminando con las manos en los bolsillos del pantalón y se detuvo frente al enorme ventanal a un lado del despacho.

—Deberías tener cuidado.

—Es inofensiva.

John miró al hombre que conocía desde hacía años. Había sido compañero de su padre desde la universidad y había decidido cuidar de su único hijo. Sabía que Dannyel cuidaba bien de sí mismo y que él tan sólo podía encargarse de facilitar sus complicados asuntos laborales, manteniendo una relación más profesional que personal, pero aún así seguía preocupándose por detalles como ese, tal vez por miedo a que terminarán hiriéndolo.

—Eso no lo sabes. No hay nada sincero en esa mujer.

—Algo habrá dicho que sea verdad, ¿no? —bromeó Dannyel sin apartar la mirada del paisaje que le ofrecía el alto edificio donde se encontraba su oficina.

—Por favor —John resopló, dio un par de zancadas y se acercó a la mesa y agarró la hoja del formulario donde ella había rellenado sus datos y la acercó a Dannyel, quien miró la hoja sin intentar quitársela de las manos, luego levantó la mirada hacia sus ojos.

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Quiero que me digas qué parte de lo que ha escrito aquí es verdad.

Tampoco intentó coger el papel en ese momento.

—¿A ti qué te parece?

John apretó la hoja en la mano, sin bajarla.

—Sus estudios son mentira.

—No discutiré eso. Puede que tenga estudios pero no especialmente lo que habla en su currículum.

—¿Y qué me dices de su experiencia?

Era imposible que una persona que hubiera dudado y reaccionado como lo había hecho esa mujer tuviera esa hoja laboral tan extensa. Su comportamiento decía completamente otra cosa.

—Sé que tienes razón, así que puedes ahorrarte todas las recomendaciones.

Dannyel se apartó de la ventana y caminó tranquilo de vuelta a su escritorio, moviendo con una

mano la silla para apartarla y poder sentarse en ella.

—Tengo la sensación de que te estás tomando este asunto a la ligera.

—Nunca hago tal cosa, John.

—¿Entonces por qué has contratado a esa mujer? Mentía y lo sabías muy bien.

Incluso aunque no hubiera mentido, era la mujer menos cualificada e indicada para ese puesto en muchos aspectos.

—Mentía —aceptó él—, para ser honestos, ni siquiera parecía una candidata al puesto.

—Por eso estoy diciendo esto, Dannyel. Despídela.

—No.

John apretó los labios y se acercó a él. Nunca había sido tan tozudo en ningún aspecto y no entendía el por qué de ese comportamiento.

—¿Por qué?

—Me resulta interesante.

John levantó una ceja, incrédulo.

—¿Cómo dices?

Vale que hasta se había dado cuenta que Dannyel disfrutaba con la mujer desde el comienzo de la entrevista y para que hubiera intervenido en ella estaba claro que se sentía intrigado, pero aquello...

—Creo que puedo divertirme.

—Estamos hablando de trabajo, Dannyel.

—No —negó él echando hacia atrás la espalda con una sonrisa que no había visto en mucho tiempo—, yo no estoy hablando de trabajo.

Y aquello le resultaba más sorprendente que cualquier otra cosa. A Dannyel nunca le habían interesado las mujeres como aquella que parecía tímida y tranquila, demasiado sencilla y claramente poco llamativa. No había nada en ella destacable a menos que tuviera en cuenta su mal gusto para combinar la ropa o elegir peinado.

No, sencillamente no era como el resto de mujeres con las que había visto a Dannyel Kenerlan.

—Dannyel, te lo digo como amigo. No es la primera vez que una mujer intenta acercarse a ti con varias intenciones. No te involucres.

—Es por eso mismo que me intriga —insistió él, moviéndose de un lado a otro en la silla—. Ya he conocido a muchas mujeres que se han acercado a mi con algún tipo de interés o propósito pero todas ellas sabían lo que hacían, sabían hacer su trabajo para conseguir aquello que querían.. —lo miró fijamente y John imaginó lo que venía a continuación antes de que Dannyel siguiera hablando—. Esa mujer ni siquiera sabía como salir de una situación que evidentemente se la quedaba grande. No conocía la empresa y no trató de conseguir nada, incluso estaba sorprendida cuando le dije que el puesto era suyo. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de conseguirlo y apostaría que ni siquiera lo había querido.

—Pero se lo has dado.

Dannyel se encogió de hombros.

—No será un problema.

—¿Dejarás que haga las funciones de secretaria?

—No la veo preparada para algo así —lo miró con perspicacia y John suspiró.

—Ya, imagino que de eso me encargaré yo.

—Siempre dije que no necesitaba más secretarias, fuiste tú quien insistió.

—No sé por qué me molesto en tratar de convencerte en algo.

—Sabes que siempre aprecio tus consejos.

—Unos que nunca tienes en cuenta.

John le restó importancia al asunto con un movimiento de manos y Dannyel se rió.

—Dejemos el tema por ahora. ¿Está instalada?

—La tienes al otro lado de esta puerta ya que tenías tanto interés en tenerla a la vista.

—Creo que habíamos quedado en dejar ese tema por ahora.

—Sigo sin sentirme cómodo.

—Ya he dicho que es inofensiva.

—Es algo que tan sólo crees, no tiene por qué ser cierto. Estaba claro que la mujer estaba interesada en ti.

—Y por lo visto eso era lo único que pretendía.

Dannyel parecía pensativo y John suspiró una vez más después de observarlo durante unos segundos.

—Está bien, intentemos ver en qué termina todo esto.

—Siempre podemos despedirla.

—Sí, sí.

—Y te agradezco que también te hagas cargo de ella.

John gruñó.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Dannyel volvió a suspirar.

—Aunque pensándolo bien, tal vez tienes razón y debería saber quien es en realidad esa mujer. Por precaución —añadió al ver que John le miraba inquisitivo.

—Me parece lo más apropiado.

Dannyel asintió con la cabeza.

—Manda que la investiguen.

CAPÍTULO 4

Eliza revisó sus mensajes electrónicos desde el despacho preparado para la secretaria del señor Kenerlan. Aún no podía creérselo. ¿La habían escogido a ella? Por muchas vueltas que le diera aún parecía muy surrealista. También aún estaba nerviosa y no sólo por la extraña entrevista y la inquietante y perturbadora presencia de Dannyel Kenerlan, tan hechizante y subyugadora como prometía su imagen en la revista, sino que si aún no había salido corriendo de allí se debía a que se sentía muy atraída por él.

Y porque se había encontrado en una encerrona.

Ella había entrado por propia voluntad al despacho, incluso había rellenado un formulario con datos falsos y aunque había esperado un trato de cordialidad antes de despacharla con una vaga promesa de llamarla, algo que nunca ocurriría, se iría sin ningún problema adicional y ella se quedaría con el agradable recuerdo de haber conocido en persona a su amor platónico.

Por supuesto que nada había ocurrido como ella esperaba y la oportunidad de explicar la verdad la había perdido en el momento que decidió rellenar aquella hoja.

—Como sea, no tiene que ser muy difícil esto.

—¿Decía algo, señorita Condor?

La mano de Eliza tembló y levantó la mirada para enfrentarse con la mirada turquesa del señor Kenerlan. Se ajustaba la corbata y la chaqueta con movimientos distraídos, sin dejar de observarla y ella sintió como todo su cuerpo se tensaba, incapaz de preguntarse como sería ser acariciada de la misma manera que lo estaba siendo la tela, al igual que parecía estar haciéndolo esos ojos.

Un carraspeo detrás del señor Kenerlan la hizo notar al hombre que parecía ser el asistente personal de ahora su nuevo jefe y quien le había conducido a su despacho a hacer la entrevista y quien, excepto al final, se había encargado de hacer todas las preguntas.

Desde que Dannyel Kenerlan había dicho que ella estaba contratada, John Suffer se había mostrado frío, indicándole el camino y sus tareas de una manera como si estuviera tratando con una deficiente mental y hasta había oído la frase “no toque eso” más de una vez, como si ella fuera una niña y no una mujer.

No parecía caerle muy bien, pero Eliza dudaba que fuera a permanecer mucho tiempo en ese lugar... aunque el sueldo y el hombre que tenía en ese momento frente a ella valía con creces la situación humillante y comprometida que terminaría dando cuando se revelase toda la verdad; pero mientras tanto pensaba disfrutar de ambas cosas.

Le había costado decidirse, por supuesto, y en más de una ocasión había planeado la forma de fugarse del edificio sin que nadie se diera cuenta. Una vez había terminado la entrevista había sentido toda la bilis pegada a su garganta y hubiera jurado que se pondría a vomitar en cualquier momento, algo que no ayudaba a tener mejor aspecto... como no lo hacía el color cetrino de su piel que debió mostrar en aquel momento con lo enferma que se sentía o el sudor que perlaba toda su frente por la tensión, aún así, Dannyel Kenerlan había sido un motivo de peso para quedarse. Su sonrisa, que rara vez mostraba, era cautivadora, casi subyugante y era la oportunidad de su vida... ¡Incluso tenía ya qué contar a sus nietos! Si es que llegaba a conocer a alguien con quien tener unos hijos que le dieran esos nietos, claro.

El otro motivo por el que se encontraba sentada frente a ese escritorio era porque antes de salir huyendo se había acordado que había puesto su dirección y teléfono real y tenían una forma fácil de contactarla si llegaban a considerarlo necesario, algo que no dudaba que hicieran para pedir explicaciones.

Al final había decidido seguir adelante con aquello y rezar para que todo terminara de la mejor manera.

Mientras, lo disfrutaría.

—Me estaba familiarizando con mi nuevo lugar de trabajo —dijo con una sonrisa sugerente, un coqueteo que había olvidado hacia años.

Vaya, pensó Eliza con un brote de emoción, parece que he estado actuando como una anciana.

Y tal vez había sido así desde el divorcio, con un trabajo monótono, una vida aburrida y con los sentimientos románticos escondidos en la cisterna del inodoro, desapareciendo cada vez que tiraba de la cadena y sin tiempo a recargarse de nuevo.

Bueno, no es como si aquello contase como sentimiento romántico dado que era un amor platónico, completamente unilateral y cuya relación —laboral únicamente— tenía fecha de caducidad.

Como sea, algo era algo. Y si lo miraba mejor y detenidamente era un avance para conseguir salir de su confinamiento. Ya tendría tiempo de arrepentimientos después, en otro momento.

—Eso es estupendo, señorita Condor.

El señor Kenerlan apartó la mirada tras unos segundos en los que no pareció darse cuenta de la sonrisa que ella le había lanzado y miró a su acompañante, indicándole algo con la cabeza a lo que el hombre asintió despacio y comenzó a caminar hacia la salida, pero antes de hacerlo, se acercó a la mesa.

—Atienda las llamadas, anote los mensajes, si es importante... —ahí se calló, sacudió la cabeza exasperado y le lanzó una mirada a Dannyel que podía haber significado cualquier cosa y quien se limitó a encogerse de hombros y marcharse—. Limítese a responder el teléfono —cogió un block de la mesa y un bolígrafo y apuntó en ella un número de teléfono—. Y si es importante, pásame la llamada.

Eliza sonrió. Estaba acostumbrada a atender las peticiones disparatadas de clientes insatisfechos que exigían devoluciones de dinero, viajes imposibles u otras locuras.

—No se preocupe, señor Suffer, me encargaré de todo. Usted puede irse tranquilo.

—No me diga —musitó, lanzándole una nueva mirada con el ceño fruncido. Volvió a sacudir la cabeza y terminó alejándose hasta desaparecer de su vista.

—Sospecha algo —susurró Eliza, preguntándose por un momento si debía desaparecer...

Pero era imposible desaparecer. Había dado todos los datos reales sobre ella, no podía limitarse a desaparecer si ellos querían encontrarla, además, seguía estando ese enorme sueldo y ese hombre capaz de ponerle los pelos de gallina.

Además, cabía la posibilidad de que simplemente le cayera mal...

Durante varios días, Eliza soportó un trabajo que si bien era cómodo, para nada fácil. John Suffer la estuvo vigilando en todo momento, siguiendo sus pasos y hasta comenzó a creer que intentaba escuchar a escondidas sus conversaciones telefónicas, algo que no hubiera pensado si las tres veces que se alejó para hablar con Laura a quien casi le dio un ataque cuando le explicó lo ocurrido, no se lo hubiera encontrado en la esquina de al lado. Era eso o el hecho de que estuviera cometiendo algo parecido a un delito, tal y como había exagerado Laura, la estuviera volviendo paranoica.

Tampoco pudo disfrutar de la presencia de Dannyel. Pese a que ella llegaba cinco minutos antes de la hora de entrada tal y como siempre hacía en la agencia de viajes, el señor Kenerlan parecía adelantarse.

O eso o vivía allí dentro.

—Tienes que dejarlo.

Eliza suspiró. Por lo general, en los últimos años no había hablado más que unas cinco veces con Laura y ahora, en cambio, lo había hecho en dos días.

—No puedo.

—Claro que puedes. Renuncia.

—Pero si acaban de contratarme.

Laura bufó.

Eliza estaba segura de que si su amiga no estuviera en China en un viaje de negocios que la mantendría allí durante un mes, ya habría entrado en el despacho y la hubiera sacado arrastras, agarrándola de una oreja. Era lo malo de tener una diferencia de edad de diez años; que por muy amigas que dijeran ser, Laura seguía tratándola como si fuera una mocosa.

—Hasta ahora te ha resultado fácil, vale —casi podía imaginarse a su amiga, exasperada al otro lado de la línea—, pero sabes lo que ocurrirá si te dan un trabajo más serio. ¿Podrías organizar una fiesta?

—No creo que sea diferente que planificar un viaje.

—Oh, claro que lo es. ¿Y un evento? ¿Una recepción? ¿Un acontecimiento solidario?

—Lidiaré con ello —aseguró, echando un vistazo a un lado y otro del pasillo, asegurándose de que John no aparecía.

—Crees que puedes, pero no es sólo si puedes lograrlo o no, lo que para ti es un juego y un talonario a fin de mes, puede significar el prestigio y la labor de un hombre entregado a su trabajo.

Eliza gruñó y apoyó la cabeza en la pared.

—Nunca he pretendido hacer daño a nadie. Si esto se queda demasiado grande para mí, lo dejaré —suspiró—. Déjame un poco más. Jamás tendré un trabajo así y me agrada el trato que me dan.

Y le gustaba estar tan cerca de un hombre que aún consiguiera hervirle la sangre. Incluso había conseguido que saliera de compras y luciera un bonito traje salmón con unos zapatos a juego que si bien no era sexy, era muy práctico y se veía más como lo que debía ser una secretaria. Hasta el amargado de John Suffer había asentido con lo más parecido a una apreciación.

—Prométeme que no causarás problemas. No puedo estar todo el día pendiente de ti.

Eliza hizo una mueca.

—No necesito que nadie esté pendiente de mí.

—Entonces...

—¿Señorita Condor?

Eliza estuvo a punto de dejar caer el teléfono y se dejó ver al otro lado de la pared.

—¿Me buscaba?

John Suffer la miró con una ceja levantada, a la espera de algo y Eliza comenzó a sudar, temiendo que hubiera podido escuchar la conversación.

—¿Eliza? ¿Qué sucede Eliza?

—Oh.

Dándose cuenta que aún tenía el teléfono en la mano, sonrió con timidez.

—Estoy ocupada, luego hablamos —murmuró.

—¿Qué ha pasado?

No se molestó en responder a Laura, colgó y miró a John como si esperase que fuera a amonestarla por lo ocurrido.

Sin embargo, el hombre sólo le hizo señas con la cabeza, tragándose lo que posiblemente quería decirle de haber desatendido su lugar de trabajo.

—Sígame.

Eliza lo siguió, caminando unos pasos por detrás con la cabeza ligeramente gacha, mirando fijamente las baldosas blancas.

—¿Ha ocurrido algo? —se atrevió a preguntar cuando llegaron al despacho y Eliza miró las puertas siempre cerradas que conducían al despacho del señor Kenerlan.

Ese lugar estaba vetado para todo el mundo. Pocas personas tenían el privilegio de traspasar esas puertas y una de ellas era John. A ella le habían dejado muy claro que no tenía permitido entrar allí sin autorización y de alguna manera había comprendido que no era ella quien hacía el verdadero trabajo de una secretaria, teniendo ese privilegio el mismo John Suffer. De alguna forma comenzaba a plantearse el verdadero motivo por el que la hubieran contratado. Si tenía en cuenta que podía haber tenido algún tipo de interés de poner un bonito decorado a la puerta de su despacho, ella encajaba menos que cualquiera de las otras candidatas para ese puesto. No era ni tan elegante ni tan refinada y mucho menos hablaba cuatro idiomas.

Aún así hacía días que había decidido no pensar demasiado en ello.

—¿Aparte del hecho de que no se encontraba en su mesa cuando he ido a buscarla?

Oh, claro, había sido demasiado ingenua para creer que no le diría nada. ¡Ese hombre no podía mantener callado el asunto!

—He tenido que ir al servicio —se excusó, ignorando el hecho de que la hubiera encontrado hablando por teléfono.

—Olvídelo —El hombre levantó unas carpetas que había dejado sobre la mesa y se las dio—. Reviselo. Mañana a última el señor Kenerlan tiene que partir para Inglaterra.

—¿Inglaterra?

Eliza notó la decepción de su propia voz, pero a cada minuto que pasaba el tiempo limitado que podría pasar allí se estaba agotando y si Dannyel se marchaba a un viaje de negocios en ese momento, podía ser que no volviera a verlo. ¡Nada garantizaba que pudiera permanecer muchos días ahí sin que hubiera metido la pata en alguna cosa! Y John Suffer parecía estar esperando que lo hiciera para echarla de una patada del edificio.

—Londres para ser más exactos.

—Londres... ¿Mañana?

Eliza dejó escapar un suspiro y cogió las carpetas que John mantenía en la mano, extendida a medio camino de ella.

—Sí, mañana a la noche saldréis para Londres, todo...

Eliza escuchó las últimas palabras del señor Suffer como una sacudida y lo interrumpió, moviendo las carpetas en el aire. John retrocedió unos pasos para que no lo golpearan y la miró enfadado.

—¿Saldréis?

—Eso es, señorita Condor —dijo con una nota que dejaba claro la forma con la que desaprobaba aquello—. Usted y el señor Kenerlan.

Y por la forma que la miró, Eliza hubiera jurado que deseaba estrangularla.

Eliza parpadeó.

—¿Qué?

Debía estar escuchando mal.

—¿Hay algún problema, señorita Condor?

Sí, por ese tono tan agrio ya no tenía dudas de que ese hombre quería hacerla desaparecer.

—Oh... bueno —Eliza asintió débilmente con la cabeza—, ir a Londres tan repentinamente.

John enarcó una ceja y la miró fijamente, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿No le informaron en la agencia antes de enviarla a la entrevista que entre sus deberes como secretaria se encontraba el de disponibilidad absoluta para este tipo de viajes?

¿Había una nota irónica en la voz?

—¿Eh? Eso... sí, pero...

—¿Pero?

—Nunca creí que fuera a ser tan... pronto.

—¿Pronto?

—Sí, bueno... —¿Y ahora cómo salía de esa?

—Todos los detalles se encuentran dentro, en los documentos. Se encargará de preparar el viaje.

Eliza entró en pánico.

—¿Yo?

—Asegure dos billetes de avión, primera clase, no lo olvide, hotel; procure que sea el mejor lo más cerca posible de la dirección que está marcada dentro. Tendrá que tener listo los menús — John hizo una pausa, ignorando su expresión de horror—. No es muy complicado —añadió—. Tiene una lista de lo que debe pedir en los restaurantes que tendrá reservados para las horas que ya he marcado. Lo encontrará dentro, junto a la agenda diaria del señor Kenerlan durante una semana...

—¿Una semana?

Eliza se llevó una mano al pecho y miró las carpetas como si fueran el certificado de su defunción.

—Una semana, sí, señorita Condor —dijo John tranquilamente—. A menos... —Eliza levantó la cabeza para mirar al hombre que casi parecía estar sonriendo—. A menos que no se vea capaz y decida renunciar...

Eliza frunció el ceño. ¿La había puesto a prueba para que renunciara? Ese hombre la había odiado desde el principio, y aunque lo comprendía, ya que no había nada por lo que debiera fiarse de ella, ese recelo automático hacia su persona la ponía de mal humor.

—Puedo hacerlo —aceptó, sin estar tan segura con sus palabras.

El hombre resopló con la cabeza muy alta.

—Como le decía está todo dentro. Asegúrese de hacer bien su trabajo.

—Lo haré —aseguró, mirándolo mientras entraba al despacho de Dannyel.

Cuando la puerta se cerró, volvió a sentarse en su silla y abrió las carpetas. Puede que tuviera un nudo en el estómago, que le aterrorizara la idea de ir a un lugar tan lejano como Inglaterra y mucho más si era ella quien tenía que organizar y preparar toda la agenda y vida de un hombre como Dannyel Kenerlan durante una semana, pero si hablaban de organizar un viaje, ya fuera en Londres o en Kenya... ¡Eso sí que podía hacerlo!

Miró la puerta cerrada del despacho con una sonrisa de arrogancia, ignorando los fuertes latidos del corazón y los nervios que se acumulaban peligrosamente en la boca del estómago y empujaban por subir hasta su garganta.

¡Ya se iba a enterar John Suffer de lo que una experimentada agente de viajes podía hacer a la hora de organizar un viaje!

CAPÍTULO 5

Eliza miró de reojo a Dannyel Kenerlan. Desde que habían subido al avión no había dejado de trabajar, algo bastante incomprensible para ella, que ya llevaba horas deseando estirar el cuerpo.

—¿Necesita algo, señorita Condor? —Las manos de Dannyel se detuvieron, manteniéndose a escasos milímetros del teclado del portátil que tenía abierto en ese momento y que mostraba una estadística.

Los ojos claros del hombre la miraron y Eliza notó como se sonrojaba, dejando volar su imaginación por un momento, tratando de apartar los sucios pensamientos de su cabeza. Una idea era fantasear despierta cuando se encontraba sola —o, al menos el sujeto de sus fantasías no se encontraba presente—, y otra comenzar a pensar la mejor forma de hacer el amor con ese hombre mientras la devoraba con los ojos...

Eliza sacudió la cabeza y se pellizó discretamente en el brazo para mantener los pies en el suelo y la cabeza —y cuerpo— fría.

—Realmente... no.

El hombre asintió con la cabeza y continuó con su trabajo.

Eliza curioseó la pantalla, sin entender casi de qué trataba lo que estaba haciendo y sin ganas de preguntarle. ¿No se suponía que era una gran secretaria con conocimientos que no existían? Sólo de pensar lo que le esperaba la próxima semana le aterrizó y mucho. Ni siquiera sabía como iba a ser capaz de enfrentarse a lo que le venía encima y mantener la compostura como una secretaria capaz que pudiera mantener la dignidad al lado de un hombre como Dannyel, pero de alguna manera le asustaba más estar a solas con él.

Eliza levantó la mirada para mirar el hermoso perfil y el cabello castaño que sobresalía de detrás de las orejas.

Y no le asustaba estar a solas con ese hombre por lo que él pudiera hacerle; le asustaba más lo que ella podría hacerle a él.

Sólo de pensarlo le daban ganas de reír.

Ganas de reír y de acariciarle la mejilla, de descender sus dedos por la piel del cuello, arrancarle la ropa y...

—¿Seguro que no necesita nada?

Dannyel volvió a mirarla y Eliza se sonrojó más violentamente, apartando en esta ocasión la cabeza, incapaz de mantenerle la mirada.

—No...

—Bien.

Eliza dejó escapar el aire en sus pulmones y se atrevió a echar otra ojeada a su lado. Dannyel volvía a estar pendiente del ordenador.

—A decir verdad...

Dannyel levantó la mirada.

—Dígame, con confianza.

Eliza sonrió.

—¿Podría dejar de tratarme de usted? —Dannyel la miró fijamente sin variar la expresión de

su rostro y sin decir nada—. Me hace sentir incómoda —añadió rápidamente, algo turbada.

—¿Cree que es algo propio entre un jefe y su empleada?

Eliza abrió la boca sin decir nada y se sintió como una tonta.

—Supongo que no...

Para su sorpresa, Dannyel sonrió, apartando la cabeza.

—Sólo bromeaba —aseguró—. No tengo ningún problema en tutearla, Eliza.

Eliza sonrió.

—Lo prefiero, gracias.

—Pero —añadió Dannyel haciendo que el corazón de Eliza comenzara a latir con fuerza—, espero recibir el mismo trato. Tutéame.

—Ah... —Eliza hizo una mueca—. Claro... Dannyel.

Dannyel asintió despacio con la cabeza.

—Suenan bien mi nombre al salir de tus labios.

Eliza se sonrojó una vez más y se odió por ello. ¿Tres años de sequía y ahora se comportaba como una adolescente en todos los sentidos? Bueno, daba igual, ¿no estaba metida en un lío por un hombre tal y como lo hubiera hecho a los quince años?

¡No! A los quince años nunca se le hubiera ocurrido cometer una locura semejante... ¡Y menos por un hombre! Claro que a los quince, su madre la hubiera agarrado del pelo y la hubiera arrastrado por todo el patio hasta casa si se hubiera comportado como lo hacía en ese momento.

—Supongo que es una suerte no tener quince —murmuró, dándose cuenta que lo había dicho en voz alta cuando sintió como lo cabeza de Dannyel se giraba de nuevo hacia ella.

—¿Decías algo?

Palideció.

—Eh... no...

Y podía tragarle la tierra de paso.

—Claro, de acuerdo.

Dannyel volvió al trabajo y Eliza decidió no volver a mirarlo durante el vuelo. También necesitaba revisar la agenda del día siguiente e informar a Dannyel de todo lo que harían o había planificado para que él lo adaptara según sus necesidades o planes.

Según Eliza había entendido, Dannyel iba a hacerse cargo de una propiedad de finales del siglo XVIII que había estado vacía durante... ¿el último siglo? Eliza había leído del detallado informe de John que Dannyel había decidido tasarla y venderla para dejar de preocuparse por ella. Eliza se había encargado de encontrar al tasador y a varios especialistas en antigüedades para dar una valoración sobre la propiedad por si era necesario y tenía que recurrir a ellos.

Bajar del avión tras las largas horas de vuelo, hizo que Eliza se moviera más torpe de lo que habitualmente se movía y, aunque había escogido unos pantalones y un amplio jersey para ir cómoda en el avión pero algo bonita por si Dannyel daba muestras de algo más que una relación puramente profesional entre jefe-subordinado, no ayudó a que el señor Kenerlan no la mirara con una risilla divertida, ojeándola incluso cuando ella caminó por delante, notando su mirada fija en su trasero mientras buscaba las maletas y averiguaba tras unos minutos de horror, que el coche preparado para ellos, los estaba esperando a un lado del aeropuerto.

—¿No vamos a ir al hotel?

Eliza se sorprendió del cambio tan repentino de planes, destrozando sus únicas capacidades para conseguir impresionar a aquel hombre.

—Siento no haberla comunicado antes sobre mis planes. Seguramente John te habrá hecho una

lista de todos los puntos que debías tratar.

—Muy detallado —aceptó Eliza con unas ganas terribles de frotarse los ojos o apoyar la cabeza en el hombro de Dannyel. Resultaba tan apetecible en ese momento. Era obvio que sólo alguien como él podía permanecer tan fresco como si acabara de levantarse de una larga siesta después de diez horas de vuelo—, pero pensaba que íbamos a tutearnos.

Dannyel la miró con una sonrisa.

—Es verdad —aceptó—. Mis disculpas.

—¿Y dónde vamos a pasar la noche? —preguntó con recelo.

—En mi casa.

—¿Su casa?

Eliza tropezó y estuvo a punto de caer al suelo, pero Dannyel la agarró ágilmente, sosteniéndola con una mano en la cintura y la enderezó con firmeza, soltando el brazo sólo cuando ella hubo estabilizado los pies en el suelo.

—Sí, mi casa —dijo él con tranquilidad—. Tenga más cuidado.

Eliza decidió ignorar ese último comentario.

—Pero su casa es... pensaba que íbamos a...

—Tutearnos —la interrumpió Dannyel con una sonrisa.

Parpadeó embobada.

—Vale, sí, tu casa —aceptó Eliza con una sonrisa nerviosa—, pero...

—¿Qué problema tienes con mi casa?

—Oh, bueno —musitó—, el señor Suffer señaló que la vivienda no tenía ningún tipo de uso.

Dannyel sonrió sin mirarla, dando la sensación de que esta vez la sonrisa no iba dirigida a ella.

—Pese a lo que John ha creído siempre, esa casa nunca ha estado abandonada, ni vacía.

Eliza lo miró confusa.

—No lo entiendo —admitió.

—¿Qué te ha contado John?

—Que ibas a vender la casa.

—Siento tener que informarte con tan poco antelación, pero no voy a vender la casa, sino que la voy a convertir en un restaurante —Dannyel sacó el ordenador y abrió la pantalla, mostrándole unos planos de lo que debía ser el diseño de lo que iba a convertirse la propiedad—. Al menos una parte de la casa lo será; el resto seguirá tal y como hasta ahora.

Eliza miró los planos con atención, examinando el gran número de habitaciones de las que disfrutaba la mansión y el gran salón que Dannyel había pensado en construir un restaurante, pero sobre todo mantuvo la cabeza inclinada, inhalando el perfume que emanaba del cuerpo de Dannyel como si se tratara de una droga.

—¿Y cuál va a ser mi trabajo? —preguntó ella finalmente.

Si nada de lo que había organizado servía, no sólo tendría que contactar con todos los servicios y lugares que tenía reservados, sino que seguramente Dannyel tenía pensada otra tarea para asignarle... ¡Sólo rezaba para ser capaz de hacerla!

Ya podía imaginarse lo que sucedería si toda la verdad salía en nada más y nada menos que en su tiempo en Londres y tenía que encargarse por sí misma de salir del país... No, eso no lo consideraba tan complicado pero sí que le dolía el pico que tendría que pagar por el billete de vuelta que saldría de su bolsillo.

—¿Tu trabajo? —Por algún motivo aquello le hizo gracia a Dannyel—. Tan sólo tendrás que darme tu opinión.

Eliza enarcó una ceja y guardó silencio al cruzar las puertas que conducían a la propiedad de Dannyel Kenerlan, una mansión principesca muy bien cuidada, con varias hectáreas de terreno que rodeaban el edificio y varios sirvientes que salieron a recibirlos.

—Es una broma —susurró, bajando del vehículo.

Dannyel la presentó únicamente dando su nombre, ahorrándose el título de secretaria y le indicó a una de las mujeres que se ocupara de su habitación y su bienestar.

Eliza sintió una punzada de remordimiento pero se ahogó en el sufrimiento, manteniendo la boca cerrada mientras Dannyel se adentraba en la mansión seguido de todos, incluso de ella, que cuando fue a buscar las maletas, comprobó que ya había alguien que se encargaba de ellas.

—Si te parece bien, descansaremos unas horas y después comenzaremos con el proyecto.

—Sí, está bien —aseguró Eliza, incapaz de reprimir un bostezo—. Lo siento...

—Es normal que estés cansada —Hizo unas señas a la mujer—. Acompáñala a su habitación y ayúdala a que se acomode.

Eliza podía haberse ahorrado el último comentario. Sólo deseaba que la dejaran tranquila una vez le dijeran cual era su habitación, pero la mujer comenzó a sacar su ropa del equipaje y ordenarla en el armario e, incluso, se encargó de prepararle un baño.

—Déjelo —musitó—. Prefiero dormir, después me bañaré.

—Como usted prefiera.

La mujer cruzó toda la habitación, bastante sobria para la bonita fachada que se lucía a la entrada y el coqueto vestíbulo, desde donde había visto un recinto acristalado con lo que parecía ser una piscina, y se dio la vuelta para cerrar la puerta al salir.

—Disculpe —la llamó Eliza, deteniéndola antes de que se marchara. También tenía hambre, pero en es momento no era la mayor de sus prioridades—. Lo de ahí abajo... ¿es una piscina?

La mujer asintió con la cabeza, sin sonreír.

—Puede usarla si lo desea, no creo que al señor Kenerlan le importe.

La mujer cerró la puerta y Eliza se dejó caer pesadamente sobre la cama, sintiendo cómo le dolían todos los músculos. Pese al cansancio y el dolor, se quedó rápidamente dormida, despertando con el cuerpo sudado y la cabeza embotada.

Eliza se incorporó despacio y consultó el reloj, comprobando que eran las ocho de la noche y que había dormido durante cinco horas.

Despacio, se acercó hasta la ventana y contempló el paisaje un momento, la manera en la que el viento mecía las ramas de los árboles o las plantas que crecían cuidadas junto a las flores, y terminó desviando la mirada hacia el recinto acristalado.

—Un chapuzón no me vendría mal —dijo con una sonrisilla.

La casa estaba bastante silenciosa y Eliza se escabulló hasta el exterior, accediendo fácilmente al recinto y comprobó con deleite que la temperatura era magnífica. Se aseguró de que estaba vacía y se quitó la ropa, dejándola a un lado de la orilla, junto a una tumbona y metió un pie en el agua antes de dejarse caer completamente.

Eliza nadó durante unos minutos, buceando y descansando hasta que finalmente se detuvo y cerró los ojos un momento.

—Supongo que la temperatura será buena.

Eliza abrió los ojos bruscamente y miró a Dannyel Kenerlan de pie en la orilla. Vestía un albornoz blanco medio abierto y una sonrisa algo picara sostenía un brillo burlón en sus ojos.

—No está mal —dijo Eliza suavemente, ignorando el hecho de que ella estuviera desnuda en el agua.

—Eso es bueno.

Para sorpresa de Eliza, Dannyel se quitó el albornoz y dejó a descubierto su cuerpo completamente desnudo, mostrando unos músculos perfectos y unas piernas firmes entre las que se encontraba un bien formado pene que adornaba su entrepierna.

Eliza ahogó una exclamación cuando Dannyel se metió en el agua y nadó hasta ella.

—Tenías razón, el agua está muy buena.

—Ya... lo había dicho.

Pese a que toda su sangre había comenzado a hervir, Eliza notó el traicionero rubor en sus mejillas.

—Es verdad —Dannyel se apartó el pelo de la cara con un distraído movimiento de manos y la miró intensamente, obligándola a contener la respiración—. ¿No es un buen momento para que me digas cuales eran tus intenciones para querer este trabajo?

—¿Qué...?

Los dedos de Dannyel acallaron la pregunta que salía de su garganta y Eliza cerró los ojos al sentir el contacto de la piel en sus labios.

—¿Era por esto?

Dannyel se acercó más a ella, rozando sus pechos desnudos con su cuerpo y deslizó una mano entre sus muslos.

—Hmm.

Eliza no fue capaz de decir nada más.

Sí, ese había sido el motivo, aunque nunca había creído que sus fantasías pudieran volverse realidad.

CAPÍTULO 6

Eliza no se negó a las caricias de Dannyel. Tal y como había imaginado él, Eliza había estado esperando ese momento; más que esperarlo lo había estado imaginando, sin esperar que alguna vez pudiera convertirse en algo más que en una fantasía.

No es que ella se conformase con desear a un hombre, sino que después de su inesperado acercamiento con uno de los hombres más deseados de América, Eliza había imaginado situaciones, a cual más disparatada, en la que su jefe y ella podrían encontrarse, exactamente tal y como estaba viviendo ahora en los brazos del magnate empresario. Pero ahora quería que aquel sueño erótico durara para siempre, quería sentir un orgasmo otra vez, quería aliviar esa necesidad que había reprimido durante tres años y que había vuelto a sentir por un hombre, por aquel hombre.

Y Dannyel la deseaba.

Igual que lo deseaba ella a él.

Dannyel la besó una vez más, en los labios, en los hombros y en los pechos, hasta empujarla hacia arriba y la sentó en el borde de la piscina, alejándose de ella lo suficiente como para poder salir del agua e inclinarse sobre ella, apartándole unos mechones de cabello que caía sobre su rostro. Eliza pasó los brazos por su cuello y Dannyel los besó también, levantándole las piernas hasta acomodarse entre ellas.

—Relájate —murmuró con voz ronca.

Eliza no dijo nada. Eso era más fácil decirlo que hacerlo, pero arqueó las caderas en señal de aceptación, indicándole a Dannyel que quería mucho más de él.

Como respuesta, él rió suavemente y la penetró, llevándola al paraíso de las sensaciones y el placer, obligándola a sentirlo como jamás había sentido a ningún hombre y dejó que él la estrechara en sus brazos cuando alcanzó el clímax, sucumbiendo al orgasmo del placer que Dannyel le había provocado.

—¿Estás bien? —preguntó él, apartándose de ella y le tendió una mano.

Eliza lo miró aún con la respiración agitada y sonrió. Se encontraba agotada pero saciada.

Y entonces vio el anhelo en los ojos de Dannyel, el anhelo, la duda y la confusión y en el momento en el que ella iba a aceptar la mano, la apartó débilmente, estrechándola en su cuerpo desnudo mientras buscaba algo con la mirada para cubrirse.

De pronto se sentía mal, como si hubiera sucedido algo que no debía suceder; un error, y ella aún no lo había visto mientras Dannyel sí.

O simplemente ella era el error en el ordenado y perfecto mundo de Dannyel Kenerlan; un mundo de riqueza y sensualidad donde ella no entraba.

Se levantó bruscamente, ignorando el hecho de que siguiera desnuda ya que no encontraba nada con lo que cubrirse y fue andando hacia la ropa tirada a un lado de la tumbona.

En el momento en el que iba a marcharse, Dannyel le agarró del brazo y la detuvo.

—¿Qué sucede?

¿Y se lo preguntaba a ella?

—Nada.

Dannyel Kenerlan levantó una ceja.

—¿No era esto por lo que habías venido a mi oficina con el pretexto del trabajo?

Eliza lo miró horrorizada.

—¿Qué...? No...

¿Así que lo sabía?

Eliza no intentó buscar una excusa y Dannyel no la obligó a dársela.

—Será mejor que suba a la habitación...

Aún así no se movió; tampoco intentó apartar la mano que quemaba en la piel aún desnuda de su brazo. Si sabía que ella no había sido enviado por la agencia significaba que no tenía ningún derecho a mantenerla en esa casa con él.

Ella no era necesaria en ese lugar ni a su lado.

Y ahora mucho menos.

¿Eso era lo que había visto en ella? ¿Por eso le había dado el deseado puesto de secretaria que tantas candidatas bien formadas y preparadas habían tratado de conseguir?

—Será lo mejor —aceptó Dannyel soltándole el brazo. Eliza no se atrevió a girarse para mirarlo a la cara —. Mañana hablaremos.

—Sí.

Eliza salió precipitadamente del recinto acristalado y tropezó en las escaleras de la entrada antes de alcanzar la puerta y subió a la austera habitación que le habían asignado.

En el cuarto se echó sobre la cama y ahogó un sollozo en las sabanas, ignorando el sonido molesto del teléfono dentro de su bolso.

Cuando consiguió relajarse, se acercó hasta la mesa que había dejado el bolso y la chaqueta y buscó el móvil, encontrándolo entre una agenda y la funda para las gafas de sol y miró las cuatro llamadas perdidas que tenía.

Todas eran de Laura.

Bueno, era lo que significaba no tener ningún tipo de vida.

Hasta ahora.

Pero pese a acabar de experimentar el mejor sexo de su vida, comprendía que había sido una situación humillante, incluso peor que cuando había descubierto la infidelidad de su marido, algo que sólo ella a su alrededor había desconocido ese largo y tortuoso año.

—Es hora de volver a casa —dijo en voz alta, apretando el móvil en la mano.

Era hora de volver a su monótona y aburrida vida como empleada de una agencia de viaje.

Puede que no fuera el trabajo de su vida, pero hasta ahora había sido un buen trabajo, con compañeros agradables y un sueldo fijo al mes.

No necesitaba otra cosa.

Sobre todo no necesitaba volver a sufrir por amor.

Ni ser humillada, aunque eso último ella había sido la culpable. ¿Qué podía imaginar un hombre si aparecía de la nada y mentía sobre su currículum sólo para verlo? Había deseado pasar una noche con él y la había tenido. Debía conformarse con eso y comenzar a poner los pies en la tierra. Lo suyo no era soñar... no, no podía permitirse ese tipo de sueños.

Eliza suspiró y llamó a Laura, sentándose en la cama mientras esperaba a que su amiga respondiera el teléfono.

—¿Qué significa tu mensaje de que te ibas con el señor Kenerlan a Londres?

Eliza cerró los ojos. Iba a ser difícil olvidar el contacto de ese hombre.

—Nada en realidad; no tienes nada por lo que preocuparte.

—¿Nada por lo que preocuparme?

—No.

—¿Y por eso tu llamada es desde Inglaterra?

El prefijo... Eliza hizo una mueca.

—Tenías razón —dijo despacio.

Volvía a sentir el nudo en la garganta y las lágrimas en los ojos.

—¿Ha pasado algo?

—No...

Laura guardó silencio un momento.

—Te han descubierto, ¿es eso?

—No... no quiero hablar de eso. Da igual, regreso.

Hubo otro silencio.

—Vale. Hablamos cuando regrese de viaje. ¿Aún estás de vacaciones?

—Sí. Me queda algo más de una semana.

—Genial. Seguro que nos da tiempo de quedar y reírnos de muchas cosas. Llevaré a la niña.

—Sí, eso será genial.

Laura no intentó prolongar mucho más la conversación. Siempre había sido muy intuitiva, tal vez por eso no había indagado más sobre el tema pese a que había estado tan preocupada por la situación en la que se había metido con el engaño que se había creado... y también había notado el extraño estado de ánimo en el que se encontraba.

Cuando colgó, Eliza contempló el vacío un momento, luego se levantó y se acercó al cuarto de baño, dándose una ducha antes de volver a la cama con la esperanza de dormir.

Curiosamente, ya no tenía hambre.

CAPÍTULO 7

Dannyel se paseó por el vacío salón preparado para convertirse en el nuevo restaurante.

Había planeado aquello desde hacía cuatro años y ahora, cuando por fin creía que podría iniciar las obras, volvía a encontrarse con más problemas. Por eso había decidido viajar a Londres y supervisar personalmente lo que estaba sucediendo mientras se iniciaban las obras y la reestructuración de la mansión, pero aunque en un principio no había contado con lo que había sucedido hacía un momento en la piscina, el solo hecho lo irritaba.

Había pretendido jugar un poco con Eliza Condor, descubrir cuales eran sus verdaderas intenciones para construir una mentira tan mala; una mentira que si bien estaba poco elaborada, sí había conseguido acercarle hasta él, algo que muchas habían errado; pero Dannyel había visto en todas las que habían conseguido llegar hasta él las verdaderas intenciones y había visto de todo tipo de estratagemas para conseguir una u otra cosa de él, pero la reacción inesperada de Eliza lo había hecho dudar.

Sí, lo había aceptado, se había entregado a él sin oponerse, sin una resistencia, simplemente se había lanzado a sus brazos ante la mínima insinuación en vez de espantarse. Podía leer las intenciones de la joven, pero aún desconocía el propósito de ellas. Por lo general, las mujeres no buscaban un polvo desinteresado cuando se le proponían, por mucho que lo desearan, deseaban más su dinero, su poder, un estatus, e, incluso, el título nobiliario que muy pocos conocían.

¿Y Eliza? ¿Cuál de esas cosas buscaba?

Al principio había creído que era el dinero, pero las investigaciones de John no habían encontrado nada turbio en la vida de la mujer. Un trabajo estable en una agencia de viajes, un pequeño piso en el centro que tenía una buena renta, ahorros y una vida social bastante simple.

Y estaba divorciada.

El motivo del divorcio también había sido introducido en los detalles que había pedido, pero fuera como fuera, no había nada extraño ni fuera de lugar que la hiciera necesitar una suma de dinero que él podía aportarle... Es más, Eliza, pese a su juventud, le daba más la sensación de ser una chica que deseaba un hogar tranquilo, una estabilidad normal y unos hijos en un matrimonio feliz. Algo que lo descartaba a él completamente. Si bien las revistas exageraban considerablemente su fama de mujeriego, tampoco era una santa y como a cualquier hombre, le gustaba divertirse.

Dannyel se frotó los ojos.

Como fuera, ahora tenía otras preocupaciones más acuciantes como era el nuevo restaurante. Tenía demasiado que organizar y el enfado de haberlo encontrado todo en ese estado, tras meses de proyecto paralizado, le había hecho ir por el camino equivocado.

Dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Estaba convencido de que si se ampliaba el acceso desde la calle y se juntaba a la piscina y a una parte del jardín sería un lugar idílico para pasar toda una tarde después de comer o un lugar tranquilo donde refugiarse a la noche. También necesitaría cambiar toda la estructura de las paredes y poner unos ventanales en toda la parte derecha... la iluminación, los suelos, la decoración...

Si conseguía ponerlo todo en marcha antes de una semana podría estar listo en unos meses y en menos de un año inaugurar el nuevo restaurante, el único con el que había soñado construir.

Y para eso había planeado contar con la señorita Condor, ya que aunque había esperado un desastre, la mujer era meticulosa en un trabajo que sabía hacer. Dannyel no había confiado en las aptitudes de Eliza para organizar el viaje, incluso aunque éste no fuera el real dado que no quería involucrar al poco aventurero de John, y lo había estado revisando todo, siguiendo los pasos de la mujer y se quedó sorprendido de la minuciosidad con la que organizaba hasta el mínimo detalle.

Puede que no supiera alemán o prepararle un estudio de mercado, pero hasta ese momento no había conocido a una mujer tan entregada y perfeccionista y con una capacidad de organización como Eliza Condor había mostrado en tan poco tiempo de margen.

Tendría que hablar con ella.

Y por algún motivo que él no comprendía, estaba deseando volver a verla.

Eliza se levantó y dejó la maleta preparada a un lado de la cama. Había conseguido dormir después de un rato de dar vueltas en la cama y una vez se despertó, el hambre y los nervios habían tomado el protagonismo, incapaz de desprenderse de la sensación de ansiedad que la corroía el cuerpo.

Bajó despacio las escaleras, sorprendida por el revuelo que había en la planta baja y después de dos intentos, consiguió detener a una de las empleadas,

—¿Qué está sucediendo?

La chica sacudió la cabeza y la miró con más ansiedad de la que ella sentía. Eliza se asustó.

—Los tres señores están reunidos en el pequeño salón.

El pequeño salón... Eliza no quería pensar a qué podían referirse con algo pequeño en ese lugar.

—¿Los tres señores?

—El señor Kenerlan y sus dos primos, la señorita y el señor Draslys.

Eliza frunció el ceño.

—¿Eso significa que la casa no es sólo de Dany... el señor Kenerlan?

Era verdad. Debía dejar de llamarlo por su nombre... después de lo ocurrido no lo veía lo más adecuado. En realidad que sus primos estuvieran allí podía ser algo bueno si conseguía marcharse sin tener que volver a ver a Dannyel.

—Siempre ha pertenecido a los tres... quiero decir, cuando sus padres murieron en aquel terrible accidente. La heredaron...

—Claro...

Las revistas no solían hablar mucho del pasado de Dannyel. O no lo sabían... Dannyel Kenerlan no era un hombre fácil de tratar...

—Creo que es por lo del restaurante —la confió la chica—. La prima no está de acuerdo.

—Vaya. ¿Y el señor Draslys?

—No lo sé. No conozco todos los detalles.

—Comprendo.

No lo comprendía en absoluto, pero daba igual. Aquella situación se le había quedado grande. Subió rápidamente a la habitación y recogió su maleta, bajando un poco más despacio de lo que había subido con el equipaje y se acercó a la puerta de entrada con él.

—¿Pretendes huir?

Eliza se giró sobresaltada. Dannyel salía de una de las estancias de la izquierda, solo y la

miraba con expresión grave, sin revelar nada en su mirada.

—No —dijo en voz baja.

—¿No? —repitió Dannyel dando un paso hacia donde ella se encontraba.

Eliza retrocedió involuntariamente, apretándose a la puerta aún cerrada y se sobresaltó al sentir su maleta en sus pies. Bajó un momento la mirada para mirar sus tobillos luego la levantó de nuevo, dirigiéndola al señor Kenerlan que se había detenido y había entrecerrado los ojos, mirándola fijamente.

—Ah...

—Tus actos parecen decir lo contrario.

Eliza hizo una mueca.

—No me he dado cuenta de lo que hacía —murmuró.

No entendía de leyes, tampoco le habían interesado después del conflicto de intereses que había tenido con su exmarido en la demanda de divorcio, pero deseaba creer que no habría ninguna ley que castigara lo que ella había hecho al hacerse pasar por una candidata al puesto de secretaria. Hasta donde ella sabía, no le había hecho daño a nadie y una pequeña mentira no estaba castigada por la ley. ¡Todo el mundo mentía alguna vez!

—¿En serio?

Dannyel dio varios pasos más hacia ella y Eliza sintió como se ponía tensa pero no se movió. Tampoco hubiera podido hacerlo de haberlo querido; la puerta a su espalda era un motivo de peso, pero cuando el hombre se detuvo frente a ella y el recuerdo de la noche pasada voló a su mente, se arrepintió de no haberse dado la vuelta a tiempo y haber echado a correr.

—No he hecho nada malo —dijo rápidamente, alegre de que su voz no vacilara—. Además ya lo sabía desde el principio, ¿no es así? No es como si hubiera pretendido pagarme el sueldo de secretaria o algo así —Dannyel enarcó una ceja pero siguió observándola en silencio—. ¿Por qué no fingimos que no ha sucedido nada?

—¿Fingir que no ha sucedido nada? —La expresión de Dannyel la asustó—. ¿Es lo que pretendes ahora?

Eliza respiró hondo.

—Sí.

Se hizo un silencio en el que Eliza creyó que la mano de Dannyel la tocaría, pero él la usó para arreglarse el nudo de la corbata, volviendo a usar una expresión indefinida.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ah... —La pregunta no la pillaba por sorpresa pero tampoco había querido dar muchos detalles. Era mala con la explicaciones, parecían excusas... y de esas se había hartado de escuchar durante su matrimonio—, fue un malentendido —soltó de todas formas, mirando hacia otro lado.

—¿Un malentendido?

—Jamás fui a esa entrevista —soltó bruscamente, molesta; tal vez porque le estaba irritando la cercanía de ese hombre—. Obviamente —y dejó la palabra en el aire, manteniendo un silencio de unos segundos para tomar aire—, no soy la persona mejor para ocupar ese puesto.

Eliza notó el movimiento de Dannyel frente a ella pero no desvió la cabeza para mirarlo. Era más fácil de esa manera. Y tal vez conseguiría que él le pagase el billete de vuelta...

—¿Un malentendido? —repitió él ignorando el último comentario.

—Jamás fui a esa entrevista, sólo pretendía visitar a una amiga —sobre quien jamás hablaría por si la causaba problemas—, y si era posible salir a comer con ella. Fueron tus trabajadores

quienes me llevaron a aquella sala de espera muy diligentemente —soltó abruptamente—. El resto ya lo conoces.

Dannyel enarcó una ceja y casi asomó una sonrisa en los labios.

—Puedo entender eso... —No parecía que se lo creyera mucho—, pero, aunque fuera una equivocación de mi personal... ¿Por qué te quedaste?

Esa era la parte que Eliza no quería ahondar.

—Era una oportunidad de conocerte —se sinceró.

—Entonces habían intenciones ocultas.

No era una pregunta, pero el tono neutral de Dannyel no ayudaba a saber en qué estaba pensando en ese momento. Eliza suspiró. ¿Por qué no se había ido cuando había tenido la oportunidad?

—¿Por qué habría querido quedarme y hacer el ridículo si no hubiera querido algo a cambio de todo eso?

Eliza levantó la cabeza para mirarle desafiante y Dannyel se echó a reír, sorprendiéndola.

—Tienes razón.

—Sí... —musitó algo avergonzada y cerró los ojos un momento—. No voy a pedir perdón —continuó, volviendo a la defensiva—. Sé que cometí un error —la sonrisa de Dannyel fue apagándose poco a poco—, pero también hemos llegado a esta situación por tu culpa.

—¿Mi culpa? —La voz de Dannyel fue dura.

—Sí —Eliza no estaba dispuesta a venirse abajo ahora que había comenzado a hablar. Si quería saber la verdad, la oiría toda—. Tú sabías que no había sido enviada por la agencia.

—Cierto.

—Entonces debiste echarme en aquel momento.

—¿No hubiera sido muy descortés?

Eliza hizo una mueca ante el tono burlón.

—Estoy acostumbrada a que los hombres no sean amables conmigo.

Dannyel no hizo ningún comentario sobre eso y Eliza comprendió aturdida que posiblemente alguien como Dannyel Kenerlan no la habría contratado, y sobre todo sabiendo que no había sido enviada por la agencia, sin investigarla. Se sentía molesta y herida, pero no podía culparlo, así que se tragó su orgullo y fingió que no interpretaba el silencio del hombre como un conocimiento de su situación, sino como un desinterés hacia ella y su vida.

—También podías haberme despedido como a las demás, con una promesa de llamarme, algo que nunca sucedería y que yo, a diferencia del resto, no me habría quedando esperando. Eso te hubiera ahorrado las molestias sin parecer descortés.

—En definitiva...

—En definitiva —continuó ella levantando un poco la voz para cortarle a mitad de la frase. Dannyel cerró los labios y se cruzó de brazos, invitándola a continuar con una expresión grave—, esto es tanto mi culpa como la tuya.

Hubo un silencio exageradamente prolongado y Eliza agarró la maleta para salir en cuanto Dannyel se apartara un poco y le cediera el espacio para abrir la puerta y salir. Después de todo no conseguiría el billete de vuelta pagado.

—Así que es mi culpa.

—Sí.

Aunque no se había visto obligada a responder porque ni siquiera había sido una pregunta, su voz sonó un poco más débil.

—¿Durante cuanto tiempo esperaste como una candidata para verme?

Eliza parpadeó y lo miró.

—¿Qué?

—Las entrevistas eran largas.

—Esperé... —dudó antes de responder—, varias horas —reconoció de mala gana.

—¿Tantas ganas tenías de verme?

La pregunta tenía que haber sido una broma; Eliza estaba segura de eso, pero aún así, el tono de Dannyel no varió, ni siquiera lo hizo su expresión.

—¿Qué? —Puso los ojos en blanco, nerviosa—. Fue un error, ¿no lo he dicho ya?

—Sí, lo has dicho —dijo Dannyel con suavidad.

—Entonces está todo claro.

Eliza también cruzó los brazos alrededor del pecho.

—¿Y lo de anoche?

Dannyel entrecerró los ojos, lo único que varió en su expresión, y Eliza se ruborizó, sorprendida por la pregunta, recordando otras imágenes mucho más interesantes.

—¿Te refieres a si fue un error?

—¿A qué otra cosa me podría referir?

Eliza se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podría tener en mente para pasar horas como una idiota en una sala de espera, muy bonita, eso sí, para ver a alguien como tú? ¿Un error? —Eliza hizo como si lo estuviera pensando y sonrió desvergonzadamente—. No.

Esperó a que él dijera algo, pero Dannyel sólo la miró con una sonrisa burlona.

—Hasta hace un momento no parecías tan atrevida.

—No tenía motivos para serlo.

—Digamos que no.

Dannyel asintió con la cabeza.

—¿Ya está?

—¿El qué?

—¿Me puedo ir ya?

—¿Irte?

¿Aun había más? Eliza se mordió el labio, lamentando no haberse ido más sigilosamente.

—Ya está todo aclarado. No soy una secretaria; que esté aquí es una tontería. Para los dos.

Dannyel bufó.

—¡Qué desfachatez!

—¿Qué?

—Primero te presentas como secretaria, empiezas a trabajar sin decir nada y luego te vas. ¿Es eso propio de una profesional?

Eliza parpadeó.

—¿Qué?

No debía estar entendiendo bien lo que Dannyel le estaba diciendo, porque su mente ya había comenzado a interpretar esas palabras como...

—Quédate, ayúdame a organizar el restaurante y te pagaré lo que debería ser tu sueldo al mes como secretaria. ¿Qué te parece la oferta?

Eliza dudó y miró a su alrededor en busca de algo que explicase lo que acababa de oír.

—¿Eh?

—¿No querías trabajar de secretaria?

—¿Eh?

Por lo visto era lo único capaz de decir o lo único que su cerebro era capaz de procesar, incluso aunque sabía que estaba pareciendo una idiota.

—El puesto, ¿recuerdas? —insistió Dannyel con una sonrisa burlona, mirándola con los brazos alrededor del pecho.

—Ya, sí —Eliza puso los ojos en blanco, aún nerviosa y volvió a mirar a su alrededor. Curiosamente no había nadie cerca a presar de todo el jaleo que se escuchaba por diversos puntos de la casa—, pero yo no soy secretaria —le recordó con timidez—. Lo acabamos de hablar y...

—¿Qué es?

—¿Eh?

Estaba claro que ella se estaba perdiendo una parte importante de la conversación.

—¿Es el sueldo? ¿Te parece poco?

—¿Qué? No.

—¿Entonces? ¿Es el contrato?

Sacudió la cabeza.

—No, yo...

—¿Las horas?

—¡No! No soy secretaria, ya has visto que no soy capaz de hacer las cosas sin equivocarme y soy un desastre. Además... —murmuró.

—¿Además?

Él levantó una ceja con curiosidad.

—Además —repitió Eliza—, ya me he sincerado, no hay ningún motivo para que quieras mantenerme como secretaria habiendo tantas mujeres capaces que te ayudarían muchísimo.

Dannyel asintió despacio con la cabeza, incomodándola con la manera que la miraba y Eliza cambió el peso de un pie a otro.

—¿Y aparte de mi supuesta necesidad de una secretaria más capaz según tu punto de vista tienes alguna objeción más para aceptar la oferta y quedarte?

Eliza lo miró incrédula, sin desviar la mirada y sacudió la cabeza.

—No...

Después de todo aquello había tomado un giro bastante diferente al esperado y realmente no le desagradaba nada el rumbo que tomaba.

—¿Entonces qué te parece la oferta?

Eliza dejó escapar una risotada.

—¿Qué me parece? —resopló—. ¿Quién diría que no a esa oferta?

Dannyel sonrió al fin y Eliza se ruborizó al ver una sonrisa tan bonita.

—Eso pensaba yo.

CAPÍTULO 8

Eliza estrechó las manos de los dos primos de Dannyel con un nudo en el estómago, pero no se sentía de esa manera porque alguno de los dos familiares tuvieran algo que la hicieran sentirse mareada, sino porque Dannyel la había presentado como una amiga que iba a ayudarla con el proyecto.

Era verdad que en ningún momento la había presentado como una secretaria o empleada, pero saber que ahora él sabía por qué estaba allí y sobre todo, después de lo ocurrido anoche, hacia que la esperanza aflorara en ella como un veneno muy potente. Un veneno porque ya había probado una vez de aquella miel y había terminado envenenada.

—Nunca voy a aceptar algo como un restaurante —objetó Nina Draslys, sentada cómodamente en una de las sillas de la biblioteca que Eliza acababa de descubrir era a lo que llamaban el pequeño salón.

Dannyel la había conducido hasta allí y le había presentado a sus primos después de encargarse de que el ama de llaves se hiciera cargo de su equipaje y lo subiera a la habitación, “de donde nunca tuvo que bajar” había dicho Dannyel con su habitual expresión que no decía nada pero que le estaba poniendo de los nervios a ella.

—Compraré vuestra parte si es necesario —aseguró Dannyel sin apartarse de la ventana.

Henry, el hermano de Nina, no había participado mucho en la conversación, pero por la manera que tenía de observarlo todo, incluida a ella y a Dannyel, sin dejar de lado a su hermana, Eliza suponía que no se debía a timidez, sino a una manera de calcular el terreno antes de precipitarse a hablar. Parecía cauteloso, tal vez demasiado para encontrarse entre familia.

—No hace falta en lo que a mí respecta —dijo al fin, levantándose. Su hermana le lanzó una fría mirada azul muy parecida al tono de Henry—. A mí me parece una buena idea.

Dannyel levantó una ceja.

—¿En serio?

—Sí. A este lugar le vendrá bien un cambio.

—Debes estar bromeando.

Nina sacudió la cabeza junto a su corta melena castaña.

—¿Por qué no? —insistió Henry, tomando uno de los papeles con el proyecto, le echó un nuevo vistazo por encima y volvió a dejarlo encima de la mesa—. Ninguno pasa tiempo en esta casa, la mantenemos como si fuera una reliquia, bien cuidada, bien preparada por si casualmente pasamos por el país. Es un gasto innecesario y una manía.

—Es nuestra por derecho.

—Un derecho estúpido, a mi parecer.

—No, es no —insistió Nina cabezota—. ¡Un restaurante!

—¿Prefieres un hotel? —intervino Dannyel que por la forma en la que arrastró las palabras, Eliza comenzó a ver el toque de ironía, aunque si de verdad pretendió que fuera una broma, consiguió el efecto contrario. Su prima se giró violentamente para mirarlo furiosa.

—¿Un hotel? ¿En qué nos hemos convertido?

—¿En unos snobs? —le ayudó su hermano sin maldad.

Eliza disimuló una sonrisa dándose la vuelta. Henry Draslys iba a caerle bien.

—Tú... —Nina apretó los labios con fuerza y salió apresuradamente por la puerta, caminando con fuerza hacia el vestíbulo.

Dannyel se apartó de la ventana e hizo un movimiento para seguirla pero Henry le detuvo.

—Yo me haré cargo.

—¿Te harás cargo?

—Posiblemente Nina me haga más caso si hablo yo con ella.

—Tienes razón —aceptó Dannyel fácilmente. No parecía agradecerle tener que salir a hablar con su prima.

—Iré con ella.

Dannyel esperó a que Henry saliera tras los pasos de su hermana para girar la cabeza y apoyó la frente en el cristal. Eliza lo miró con curiosidad, pero no se movió de su prudente distancia al lado de una de las estanterías llenas de libros.

—¿Por qué un restaurante? —se interesó para romper el silencio.

—No es el restaurante —respondió Dannyel tras una pausa, apartándose de mala gana de los cristales—. El restaurante es sólo una excusa.

—¿Una excusa?

Dannyel asintió con la cabeza.

—¿Cuánta familia tienes?

Eliza sacó uno de los libros de las estanterías y ojeó el interior sin prestarle atención.

—¿Familia?

—Sí.

¿Por qué no se lo decía él? ¿No la había investigado? Él debía conocer hasta el último de los detalles de su vida privada.

—Mis padres, un hermano, cuñada y dos sobrinos. Abuelos, tíos, primos...

Dejó la frase en el aire y Dannyel asintió sin interés. Eliza hizo una mueca furiosa. Ya que le preguntaba al menos debía molestarse en fingir que estaba interesado en conocer la respuesta.

—Mi familia es lo que ves.

—¿Tus primos?

—Exacto.

—¿Nadie... más?

Si lo ponía de esa manera sonaba muy triste. Eliza reprimió el impulso de acercarse a él y abrazarlo.

—Ninguno de los tres tiene más familia. Digamos que solo nos tenemos a nosotros y, como ves, no somos una familia muy unida. Vivimos en países diferentes o en ciudades diferentes como sucede con Henry y conmigo. Ninguno está casado y no conocemos lo que es un entorno familiar... o ya lo hemos olvidado.

Eliza guardó silencio. No sabía qué decir y tampoco creía que decir algo ayudara en algo en ese momento. De todas formas, que se estuviera abriendo a ella y le estuviera contando algo sobre su intimidad, sobre su vida privada que con tanto celo guardaba y protegía de los ojos y el interés público, sólo hacía que una ola de calidez subiera por su vientre y alcanzara su pecho, conmovida y de nuevo esperanzada.

—Esta propiedad es lo único que aún nos mantiene juntos o más bien en contacto. Nuestra relación cada día se enfría más, así que pensé que organizar algo que nos mantenga juntos a los tres sería una manera de poder pasar tiempo juntos.

—Una excusa para verse —murmuró Eliza más para ella misma, dejando el libro en su sitio.

—Una excusa para vernos —aceptó Dannyel.

Eliza levantó la mirada y sostuvo la del hombre un momento.

—Tienes más corazón del que enseñas.

Dannyel la observó divertido.

—¿Pensabas que no lo tenía?

Eliza se encogió de hombros, pero también sonrió.

—No parecías alguien con preocupaciones tan simples como las que tenemos los demás.

Dannyel guardó silencio.

—¿Fue duro? —preguntó repentinamente, sacándola a ella de la ensoñación.

—¿Duro?

—Tu matrimonio.

Eliza lo miró, sintiendo un estremecimiento. Los ojos turquesa de Dannyel la miraban profundamente.

—Fue más duro el divorcio —reconoció.

—¿Y te arrepientes?

—¿De haberme casado?

—Sí.

Eliza nunca había pensado demasiado en eso; se había compadecido, había buscado culpables, había llorado mucho... recordaba aquella etapa borrosa y luego lo había aceptado. Ahí se resumía todo.

—Me arrepiento de haberme enamorado.

—¿No dicen que una vida sin amor no es una vida?

—¿Y una vida con sufrimiento lo es?

—No todo tiene que ser sufrimiento.

—No todo lo fue —admitió—, pero si tuviera que elegir repetir lo ocurrido con los buenos o los malos recuerdos, pasaría página y desearía no haberlo conocido.

—Hablas como si no hubiera puertas abiertas al amor.

—Nunca he dicho eso —murmuró, mirándolo de reojo, pasándolo y atravesando la mirada hasta detenerla en la lejanía de la ventana—. Soy una mujer normal, con mis deseos, mis sueños y mis necesidades, exactamente igual que cualquier otra.

—Danny.

Eliza giró el cuello para ver entrar a Henry y Nina a la biblioteca. Ella parecía más relajada pero con una actitud extraña, como la de alguien que aun sufre los efectos de un berrinche.

—¿Está todo bien, Nina? —se interesó Dannyel con voz melosa y una sonrisa.

La mujer hizo algo parecido a un gruñido y se sentó en la misma silla que había estado sentada hasta que se había marchado.

—Hemos decidido cooperar —dijo Henry poniendo una mano en el hombro de su hermana.

—Dejaré que hagas tu restaurante —dijo Nina con voz autoritaria, mirando a Dannyel fijamente—, pero habrá una condición.

—Me parece justa —admitió Henry, dejando clara su posición pero en su mirada hubo complicidad cuando buscó los ojos de su primo.

—¿Una condición?

Dannyel se apartó de la ventana y caminó hacia donde se encontraban sus primos.

—Nosotros también participaremos en él.

Eliza miró a Dannyel que no había cambiado la expresión. Eliza se preguntó cómo debía sentirse en ese momento cuando todo había ido tal y como él deseaba. Era imposible leer algo en su pétrea apariencia, pero aquello comenzaba a resultarle irresistible.

—Por supuesto.

CAPÍTULO 9

Los siguientes días fueron estresantes. Desde la primera hora de la mañana los trabajadores se ponían en marcha, planificando, tirando las paredes, saneando el suelo, pintando... Eliza no recordaba tanto movimiento desde... no, ni siquiera lo había visto el día de su boda.

Era agradable esa sensación de ajeteo, como si cada momento del día tuviera una labor, como si su presencia fuera necesaria.

—Te has vuelto loca, es eso, ¿verdad?

Laura no había salido de su asombro cuando la había llamado para contarle que después de todo se iba a quedar un tiempo en Londres.

—Yo no diría tanto como eso —discrepó con una sonrisa mientras se secaba el pelo con una toalla que regularmente cambiaban a diario en su ausencia, cuando dejaba la habitación a la mañana para juntarse con Dannyel y sus primos.

—¡Estás trabajando en un puesto que sabes que no es tuyo!

—En realidad sí que me lo dieron —aunque no había sido por méritos ni porque la consideraran a más apropiada para él pero tampoco tenía por qué castigarse ni pensar en ello. Lo importante era que estaba allí y con eso a ella le valía.

—Cuando se enteren te vas a meter en un problema —aseguró sin variar el tono severo que tenía desde que la había llamado. Estaba claro que estaba en contra de lo que estaba haciendo.

No la culpaba. En una situación a la inversa, ella le hubiera dicho lo mismo.

—No creo —dijo al fin.

—¿Quieres apostar algo?

Sabía que no lo decía en serio, sólo era una manera de decirlo pero aún así Eliza no pudo evitar sonreír dejando la toalla húmeda sobre la cama.

—Perderías —aseguró.

Escuchó como su amiga resoplaba al otro lado del teléfono y hasta se pudo imaginar la expresión que debía tener en ese instante.

—Mira, Eli, soy tu amiga así que hazme caso, di la verdad, discúlpate y regresa.

Eliza sacudió la cabeza y se tumbó mirando el techo sin soltar el teléfono.

—No puedo.

—¿Cómo dices?

—Tengo trabajo, ¿recuerdas?

—Un trabajo que te queda grande.

—No en realidad.

—¡Eliza!

—Ya sabe la verdad.

—¿Qué?

—Bueno, siempre lo ha sabido pero hablamos al final sobre ello.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Y sigues ahí?

—Bueno... hablamos de muchas cosas.

—¿Y sigues trabajando para él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quiere que le ayude en algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Había desconfianza en su voz?

—Quiere convertir parte de una casa en un restaurante y quiere que les ayude con las reformas y la decoración.

Otro silencio.

—¿A quienes?

—¿Hm?

—Has hablado en plural, ¿quienes quieren que les ayudes?

—Oh, Dannyel y sus primos.

—Sus primos...

—Sí, sus primos.

El tono de Laura iba endureciéndose por momentos.

—Oye, Eli, ¿qué relación tienes con Dannyel Kenerlan?

Eliza se incorporó tensa. Sabía que Laura no podía verla pero no podía evitar sentirse mal con esa pregunta. ¿Qué relación tenía con Dannyel? Ni siquiera tenían una relación, al menos no la que sospechaba su amiga.

—No sé de lo que me estás hablando... —murmuró en voz muy baja.

—Sabes de lo que te estoy hablando.

Eliza bufó mirando la puerta cerrada de la habitación. Aquella noche en la piscina había sido inolvidable pero estaba claro que para Dannyel no había sido de la misma manera y es lo único que ella obtendría de él.

Se mordió el labio con fuerza, sintiendo un nudo en el estómago.

—Si hubiera sabido que esto iba a resultar tan doloroso nunca me hubiera presentado a la entrevista —susurró con voz débil, dándose cuenta de que había dicho en voz alta sus pensamientos cuando escuchó la voz de Laura al otro lado de la línea.

—¿Qué dices?

—¿Hm? —abrió mucho los ojos, impresionada y carraspeó antes de decir—: No es nada de lo que estás pensando.

—Venga ya, Eliza, no eres secretaria, no tienes estudios, ni estilismo, no te lo tomes a mal.

—No lo hago.

Pero molestaba. Miró hacia la ventana que tenía las cortinas corridas.

—Mira, Eliza, no hay ningún motivo por el cual alguien como Dannyel quiera mantenerte a su lado. Sé que te gusta —añadió rápidamente como para aliviar tensión al momento—, pero a Dannyel se le ve con otro tipo de mujeres, ¿sabes? Así que sólo quiero pedirte que no hagas ninguna estupidez. Ya lo pasaste bastante mal con tu ex y no me gustaría que sufieras de nuevo.

Eliza cerró los ojos un momento. No necesitaba que nadie le dijera eso. Ya había decidido cuando todo empezó que sólo sería algo absurdo y unilateral pero lo sucedido en la piscina había sido real, incluso aunque sólo hubiera sido el calor del momento, Dannyel la había deseado y la había hecho el amor.

A ella. No a otra.

—Te entiendo —dijo al fin, despacio, sin darse mucha prisa en responder realmente—. No

tienes que preocuparte.

—Sabes que me voy a preocupar aunque me digas que no lo haga.

Sí, era algo que sabía bien. Había pasado en otro tiempo muchas horas con ella para no saberlo a esas alturas.

—Laura, en serio, todo está bien. Sólo me quedaré unos días, ayudaré con el restaurante y volveré a mi rutinaria y aburrida vida, ¿contenta?

Y sin un hombre en su vida, alguien que había vuelto a despertar en ella sensaciones ya olvidadas. Volvió a cerrar los ojos con fuerza, agobiada.

—Sabes que no es eso lo que quiero. Quiero que seas feliz.

—Sí, lo sé.

—Y a todo esto, has dicho que te quedarás unos días, ¿sabes cuantos?

—No —Eliza se encogió de hombros—. Tal vez quince... no creo que sea más de un mes.

Si calculaba por lo que habían dicho esa misma tarde, en menos de dos meses el restaurante estaría en funcionamiento así que echando cálculos, en un mes tendría que despedirse definitivamente de Dannyel y su compañía. Ni siquiera se veía capaz de volver por la oficina y enfrentar a John, aunque lo había escuchado hablar con Dannyel frecuentemente. Era evidente que él también había sabido que mentía desde el principio y ahora entendía el por qué de su trato distante, como si le molestara su presencia y como si no le agradase.

Sí, realmente no le agradaba y entendía el motivo.

—¿Un mes? —escuchó como Laura gritaba y se apartó el móvil de la oreja, regresando de sus pensamientos y prestando toda su atención en su amiga.

—¿Hm? Sí, aún faltan muchas cosas para preparar y terminar... —No entendía ese escándalo tan repentino de parte de Laura.

—Joder, Eli, ¿un mes? ¿Es que ahora sí que te has vuelto loca?

—No, creo que no, sigo tan cuerda como diez minutos antes.

Puso los ojos en blanco cuando escuchó resoplar a su amiga.

—¡Eliza tus vacaciones terminan en dos días!

—Ah, eso.

Sí, eso era verdad, sus vacaciones terminaban oficialmente en dos días. Eso lo tenía ella muy claro.

—¡Sí, eso! ¿Es que piensas perder el trabajo?

—No es eso...

—¿Intentas decirme que Dannyel Kenerlan te ha contratado realmente como su secretaria?

¡Y dale con hurgar siempre en la misma herida!

—No, de hecho no.

—Joder —la voz de Laura se escuchaba agobiada—, sí que te has vuelto loca.

—Laura, cálmate —pidió sabiendo que Laura empezaría a montarse sola su propia película de la situación.

—La has jodido. Y muy bien, por cierto.

—Laura...

—¿Crees que te resultará tan fácil encontrar otro trabajo?

—Laura...

—¿De verdad crees que tienes edad para hacer el tonto de esa manera por el capricho de un hombre que no se interesará en ti?

—¡Ya vale Laura!

—¡Eres una ingenua!

—¡Y yo he dicho que suficiente!

Un incomodo silencio se hizo al otro lado de la linea.

—Luego de esa experiencia que estás viviendo tendrás que pagar el alquiler, las facturas y vivir, ¿o crees que después de ese tiempo ya está todo solucionado?

En realidad sabía que Laura tenía razón. Suspiró resignada.

—Hablé con la empresa. Tenía muchos días libres por todas las vacaciones que he trabajado. No perderé mi trabajo —explicó suavemente, escuchando como su amiga suspiraba aliviada.

—¡Podías haber empezado por ahí!

—No dejabas de hablar.

Laura se rió nerviosa.

—Sí, supongo que tienes razón, perdona, sólo me había preocupado.

—Lo sé, te entiendo, no te preocupes.

—Estaremos en contacto, ¿vale?

—Sí, te llamaré.

Eliza fue la primera en cortar la comunicación y dejó caer el móvil sobre la cama, demasiado cansada. Hablar con Laura la había dejado agotada y en más de un sentido. Sabía que su amiga tenía razón en muchas cosas pero eso no significaba que no dolieran de la misma manera.

Suspiró y rodó en la cama, tirando la toalla al suelo y contempló el techo durante unos instantes, reflexionando, luego se encogió de hombros y volvió a suspirar.

—Como sea, sólo viviré lo que tenga que vivir.

Sí, era una tontería dejarse llevar por esperanzas aunque ella tenía demasiada facilidad para dejar que ésta entrara en su vida.

—Será mejor que descanse que mañana será un día duro.

Sacudió la cabeza y alargó el brazo para apagar la luz.

CAPÍTULO 10

El trabajo durante varias semanas fue duro y muy intenso pero lo que más le sorprendió fue que Nina y ella encajaron perfectamente pese a la primera impresión que Eliza había tenido de ella. La prima de Dannyel era algo caprichosa y bastante atolondrada pero la presencia de Dannyel y también de Henry ayudaban a que los gustos, bastantes ridículos de ella, no entorpecieran con las decoraciones que se estaban eligiendo para el diseño de las mesas, mantelerías, cubiertos...

Eliza también participó. Al principio había creído que la invitación de Dannyel podía traer alguna otra intención, pero él no había intentado volver a tocarla, como si aquella noche jamás hubiera existido y la trataba como una amiga, básicamente una empleada con confianza a la que daba ordenes y le indicaba qué debía anotar para arreglar o comprar, pero también tenía en cuenta su opinión, escuchándola y hasta llegó a interesarse por conocerla sin que ella tuviera que hablar.

El cambio era agradable, pero Eliza sabía que no duraría mucho y comenzaba a anhelar lo que ese hombre le había hecho probar una vez.

—¿Estáis saliendo?

Eliza se atragantó con el café y miró a Nina entre toses.

—¿Qué te hace pensar eso?

Nina se llevó la taza a los labios y bebió sin darse mucha prisa en contestar.

La prima de Dannyel había tenido la idea de ir de compras en un plan solo para chicas y la había arrastrado, tal y como Eliza había temido desde el principio, por las ricas calles de Londres, entrando a las tiendas que prometían estar lejos de sus posibilidades y había terminado cargando en su conciencia con un bonito vestido de gasa rosa que dudaba que fuera a ponerse nunca pero que a Nina le había encantado.

—Hay algo extraño en la mirada de Danny cuando te mira; ya sabes, esa forma que tienen de mirar los hombres cuando consideran que una mujer es de su propiedad.

Eliza enarcó una ceja, bastante divertida con la observación que Nina había hecho.

—Me temo que no es el caso.

Y lo temía con pesar, porque no le hubiera importado que Dannyel la hubiera mirado de esa manera por muy machista que pudiera parecer. Era extraño, y bastante, pero desde que había conocido a Dannyel y más desde que había pasado tiempo con él, se había dado cuenta de que su presencia se estaba volviendo una especie de adicción; y Eliza conocía demasiado bien esa sensación. Era como andar en bicicleta; amar no se olvidaba nunca.

Y mucho menos las sensaciones que deja cuando se ama alguien.

—Yo no estaría tan segura. ¿Desde cuándo os conocéis?

—Ah... ¿unas semanas?

No era exactamente correcto, pero decirlo de aquella manera dejaba libre las conclusiones de los demás.

—¿Unas semanas solo y ya está así? —Nina silbó—. No me lo esperaba. Eres muy... normalita, no como esas estúpidas cabeza huecas con las que suele salir. Sabes, nada más verlas sabes que serán una aventurilla pasajera. Tú, en cambio, das otra sensación.

Si era un cumplido, Eliza no conseguía verlo. ¿Le estaba diciendo que su apariencia era tan

mediocre que sí se parecía al aspecto que debía tener un ama de casa?

—En serio, estás equivocada.

—Hmmm —dijo Nina con esos aires de niña malcriada que siempre tiene que ser lo que ella diga. Aunque podría ser un poco insoportable, en Nina no tenía ese mismo efecto desagradable; incluso parecía ser parte de su encanto.

—Estás equivocada —insistió ella, llevándose una vez más la taza a los labios mientras miraba la bolsa que contenía la caja con el vestido. Volvió a sentir una oleada de remordimientos y apartó la cabeza, encontrándose con el brillo malicioso en los ojos de Nina.

—También he visto como lo miras.

Eliza volvió a atragantarse.

—No... —Intentó hablar entre toses y sacudió una mano encima de su cabeza—. No es verdad.

—Posiblemente él también lo haya notado.

Ya se habían acostado, gracias. Eso era lo que Eliza quería saltarle en ese momento, pero decidió tragarse las palabras y sonrió como mejor pudo, negándolo con vehemencia.

—Ahí también estás equivocada.

—¿Ah, sí?

Eliza asintió con la cabeza.

—Entre Dannyel y yo no hay nada de eso.

—¿Qué no hay entre nosotros?

La voz de Dannyel hizo que la taza se agitara en su mano y Eliza giró un poco el cuello para mirar a su espalda, sorprendida. Después miró a Nina con los ojos entrecerrados, en actitud de reproche.

—Gracias —musitó de mal humor.

—Un placer —dijo ella con una sonrisa disimulándola tras la taza—. Primo...

Dannyel se sentó en una de las sillas. Desde que habían comenzado las obras en la mansión, Eliza había descubierto otro aspecto de él. Vistiendo pantalones vaqueros y camisas desenfadadas, Dannyel Kenerlan parecía ser otro; igual de apuesto pero más joven y fresco; posiblemente más natural. Era refrescante verlo de esa manera y Eliza olvidaba frecuentemente que ella no pertenecía al mundo de Dannyel.

—¿Estabais hablando de mí?

¿Era una pregunta? Eliza desvió la cabeza.

—No —dijo.

—Sí —añadió inmediatamente después Nina con otra sonrisa arrebatadora.

Eliza dejó escapar un suspiro de cansancio. Esas sonrisas ya las había visto en cada uno de los tres miembros de su familia cuando salían victoriosos de algo o querían conseguir algo. ¡Era desesperante!

—¿Bueno o malo? —se interesó Dannyel mirándola fijamente.

Eliza hizo una mueca, pero no pudo evitar sonrojarse.

Habían sido pocos días, pero para ella parecían haber pasado años en compañía de ellos.

—Depende —continuó Nina con la sonrisa.

—Ya vale, ¿no? —gruñó Eliza.

—Estamos hablando sobre el interés que parece tener hacia ella.

Eliza contuvo la respiración y lanzó una furibunda mirada a Nina.

—¿Y en qué habéis quedado? —soltó Dannyel despreocupadamente, haciendo que Eliza derramara parte del café que sobraba de su taza.

Nina se encogió de hombros.

—Hay diversidad de opiniones —Parecían estar hablando del tiempo—. Eliza opina que no hay ningún interés de tu parte —siguió Nina con entusiasmo. Eliza sintió la mirada de Dannyel en ella pero no dijo nada, ni siquiera desvió la cabeza para mirarlo—. Yo opino todo lo contrario.

—¿Y por qué crees eso?

La voz suave de Dannyel producía escalofríos.

—Por la forma en la que la miras, con la que la sigues cuando sube las escaleras, cuando está hablando con los jefes de equipo... Incluso te he encontrado sonriendo embobado cuando comete un error y no sabe salir de él. Además, siempre vas corriendo en su ayuda como un príncipe de ensueño.

Eliza parpadeó y esperó con el corazón latiendo con fuerza a que Dannyel se riera y contradijera a su prima. Sí, se rió pero tardó bastante en hablar.

—De acuerdo —dijo simplemente—. Tendré más cuidado la próxima vez.

Eliza giró el cuello despacio para mirar su perfil. Dannyel no le devolvió la mirada y ella se apretó el pecho con una mano, recordándose que la esperanza sólo le traería dolor después.

—¿Ah? —Nina se mostró ofendida—. No quiero que tengas cuidado. Ya que vamos a pasar tiempo juntos —dijo, dejando eso último en el aire—. Y voy a tener que soportar a vuestras mujeres, generalmente insoportables, quiero poder ahorrarme eso en al menos uno de vosotros.

—Habla con tu hermano.

Dannyel hizo una señal a un camarero para que le sirviera un café.

—No, mi hermano aún no tiene en mente asentar cabeza.

—¿Y yo sí?

Dannyel se echó a reír.

—Al menos parece entusiasmado con Eliza.

—Entusiasmado —repitió Dannyel con una sonrisa que no prometía nada.

—Oye —intervino Eliza, con los brazos cruzados y una expresión de mal humor—. Sigo aquí, ¿sabéis? Tengo la impresión que os habéis olvidado de ese detalle.

Nina la miró un momento antes de volver a poner toda su atención en su primo.

—¿Por qué no os casáis?

Eliza se atragantó una vez más y esta vez ni siquiera había sido con el café.

—Es un consejo que tendré en cuenta —dijo por finalizada la conversación Dannyel, mirando a Eliza con preocupación. Eliza se había puesto muy blanca y seguía tosiendo. Se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en la espalda—. ¿Estás bien?

Eliza asintió efusivamente con la cabeza.

—La vas a matar —dijo Nina con determinación, aunque una sombra de preocupación también asomó en sus ojos, algo que se borró automáticamente cuando Eliza dejó gradualmente de toser. Cogió su taza y volvió a adquirir esa expresión de regia arrogancia que también sabía adoptar—. Luego te sentirás mal por no haberte casado con ella y tendré que estar reconfortándote. Y no valgo para eso.

—Nina, querida, creo que la única que la vas a matar con tus ideas eres tú.

Su prima bufó y Eliza dio un golpe en la mesa pero antes de hablar con voz ronca y muy deteriorada, respiró varias veces con fuerza para recuperarse.

—¡Maldita sea! ¿Queréis dejar de hablar de mí?

—¿Ves?

Eliza gruñó y fue a dar otro golpe en la mesa pero Dannyel le agarró la mano antes de que

impactara sobre la mesa y Eliza lo miró sorprendida.

—Terminarás haciéndote daño.

Eliza se sonrojó. Dannyel no había vuelto a tocarla desde aquella noche y esa inocente contacto hizo que algo dentro de ella se revoliera.

—Hmm —dijo Nina únicamente, volviendo a adquirir aquella sonrisa.

—¿Qué tal las compras? —Cambió Dannyel de conversación, tal vez prudentemente, dejando su mano sobre la mesa con suavidad.

—El vestido es muy bonito, pero tendrás que estarme eternamente agradecido. He usado todo lo que tenía para conseguir que se lo comprara. Hasta le sugerí pagárselo yo pero no quiso —dijo su prima tranquilamente—. Deberías agradecerme, ya sabes, me gustan las cosas brillantes.

Eliza frunció el ceño.

—¿Qué?

—Dime el precio. Te lo abonaré.

—¿Qué? —repitió Eliza cruzándose de brazos—. ¿Qué es todo esto?

Ya decía ella que la insistencia de Nina no era normal, sólo que lo había creído como una actitud cerrada y materialista de alguien que no entiende que una persona normal no puede permitirse ese tipo de lujos innecesarios.

—Esta noche necesitarás un vestido.

—¿Qué?

Eliza miró a Dannyel pero no fue él quien respondió.

—Esta noche hemos preparado una fiesta. En la mansión —añadió Nina en un tono que parecía ser confidencial pero que a esas alturas estaba fuera de lugar—. Y Dannyel quería que estuvieras radiante. Más tarde iremos a una peluquería. Conozco un salón...

—¿Una fiesta?

—Una fiesta —dijo Dannyel con una sonrisa—. Me gustaría que estuvieras a mi lado esta noche.

Eliza contuvo la respiración.

—¿Cómo una secretaria? —bromeó Eliza, sin prestar atención al temblor de su voz.

—No —dijo Dannyel calmadamente y su sonrisa se hizo más amplia—. ¿Qué tal si es como mi novia?

CAPÍTULO 11

Eliza se miró en el espejo una y otra vez. El resultado final, con el pelo rizado previamente y luego recogido con horquillas brillantes y una maquillaje que resaltaba sus ojos y sobre todo el bonito vestido que Nina había escogido para ella y le había engañado para que lo comprase si bien no era deslumbrante, era bastante agradable, hasta ella misma podía reconocer algo así.

Se apartó del espejo con mala gana y cogió el teléfono, comprobando que no tenía ninguna llamada ni ningún mensaje. De alguna manera, en aquel tiempo había añadido tres números más en su agenda y la ansiedad de no volver a usarlos nunca hacia que aquella noche todo fuera más doloroso.

Parecía una fiesta de despedida. Posiblemente lo era ya que al día siguiente partían de Londres, de vuelta a casa y las palabras de Dannyel para que bajara a la fiesta donde habían hecho una cuidadosa selección de invitados entre los conocidos de los tres anfitriones como su novia, Eliza estaba segura de que sólo era una broma para seguir el juego de su prima.

Tras unos minutos de reflexión en los que no pasó por su cabeza llamar a Laura, de quien no había vuelto a saber nada desde su última conversación, dejó el teléfono en el bolso y salió al pasillo, andando el poco camino que separaba su habitación de las escaleras.

La fiesta había sido organizada en uno de los salones de la planta baja. Nina le había indicado el camino una vez volvieron de la peluquería y Eliza se asombró de ver la decoración, claramente preparada durante por lo menos dos días.

—Espero que termine rápido.

Bajó las escaleras con cuidado de no torcerse el tobillo con los bonitos zapatos de tacón blancos que le había dejado Nina y se sobresaltó de encontrar una mano tendida frente su cara cuando consiguió bajar hasta el último peldaño sin apartar la mirada del suelo.

—Estás radiante.

Eliza levantó la mirada. La sonrisa de Dannyel era sobrecogedora y Eliza también sonrió con timidez.

—Gracias.

Eliza ignoró su mano y terminó de bajar sin su ayuda, enderezándose y trató de alisarse el vestido nerviosa, justo en el momento que se le torció el tacón y cayó hacia delante, terminando en los brazos de Dannyel que la abrazó con una risilla divertida.

—Debiste haber tomado mi mano.

—No voy a sobrevivir esta noche —sollozó, sujetándose a los fuertes brazos de Dannyel.

—No es para tanto.

Dannyel tampoco intentó apartarla, manteniéndola en sus brazos unos instantes antes de que Eliza escuchara los fuertes latidos de su corazón y se apartó bruscamente, carraspeando con fuerza.

—Bueno, ya que estoy aquí entraré, supongo.

Dannyel la observó en silencio un momento más, antes de ofrecerle el brazo y, aunque Eliza hizo una mueca desdeñosa, lo aceptó, sujetándose a él con fuerza antes de caminar vacilante hacia la fiesta.

La fiesta estaba cargada de personas ilustres, magnates financieros, famosos, pero nadie que Eliza conociera, a excepción de los tres anfitriones y el personal que mantuvieron un ritmo excelente con todo el trabajo que significaba una fiesta de ese nivel.

Dannyl la fue llevando de persona en persona, de grupo en grupo, de pareja en pareja, mientras saludaba a todos los invitados y la presentaba a ella. Eliza no trató de seguir las conversaciones o palabras que se intercambiaban, preocupada de poder decir algo equivocado y dejar a Dannyl en ridículo y también a ella.

Pero la velada fue agradable. Bailó bastante, pese a que Dannyl tuvo que sujetarla en más de una ocasión para que no cayera al suelo. Nina se rió bastante al verla y Henry disimuló mal las sonrisas mientras trataba con los invitados.

Todo fue perfecto y por una vez, Eliza se olvidó que ella no era parte de esa familia y que al día siguiente todo terminaría. Por una vez, después de ese tiempo, quiso pertenecer a ese lugar, anhelando ser parte del hombre que la condujo hasta su habitación a altas horas de la madrugada.

—Será mejor que descanses algo. Mañana nos espera un viaje duro.

Dannyl habló en voz muy baja, quitando su mano de su brazo, pero lo mantuvo un momento agarrado antes de apartarse y comenzó a caminar hacia su habitación.

—Espera —musitó Eliza con voz débil, deteniéndolo con una mano mientras que con la otra se sujetaba a la pared para mantener el equilibrio.

Dannyl se giró y Eliza contuvo la respiración al ver las emociones en la mirada de Dannyl entre las que se mezclaba el deseo. Lo soltó bruscamente y pegó su mano al pecho.

—Lo siento —musitó.

Dannyl no se movió ni dijo nada, pero tras unos segundos se acercó a ella e inclinó la cabeza, dejando sus labios a un suspiro de los suyos. Eliza dejó escapar el aire.

—Dijiste que no fue un error —musitó Dannyl sin apartarse.

—No lo fue —aseguró ella con la voz entrecortada.

Dannyl la besó, aferrándose a ella con las manos, rodeándole la cintura y la espalda como si la necesitara en ese momento, pero cuando Eliza también lo rodeó con los brazos, pegando su cuerpo al de él y sintió la incipiente erección en el cuerpo de Dannyl, él se apartó de ella y la miró con pasión, retrocediendo.

—Será mejor que descanses un poco.

Eliza lo vio alejarse consternada, sin creerse que después de comprobar que él seguía deseándola, fuera capaz de marcharse como si no estuviera claro lo que deseaban los dos en ese momento.

—No me lo puedo creer.

Eliza se dio la vuelta y entró furiosa a la habitación, quitándose los zapatos y caminó por la habitación, lanzándole una fría mirada a la cama como si ella tuviera culpa de algo.

¿Dormir un poco?

—Podía haberlo hecho antes de que me besaras, imbécil —murmuró, replanteándose la idea de dar una patada a la pata de la mesa.

Podía estar enfadada pero eso no iba a aliviar el dolor del pie. Suspiró y se dejó caer pesadamente sobre la cama, con la mirada perdida en la maleta ya preparada y finalmente se tumbó, sin quitarse el vestido.

Como había previsto, Eliza no durmió en toda la noche. Bajó las escaleras con la maleta y saludó en el comedor, sorprendiéndose de encontrarlo vacío.

—¡Eliza!

Eliza se dio la vuelta rápidamente para encontrarse con Nina corriendo hacia ella. La agarró por los hombros y hasta la zarandeó.

—¿Qué ha pasado?

—Hubo un accidente. Se cayó una de las paredes y dos de los trabajadores están heridos.

Eliza salió rápidamente del comedor junto a Nina y fueron hasta el salón en obras. No había nadie en él tampoco, pero los escombros de la pared derrumbada estaban esparcidos por el suelo, raspando toda la madera que se había usado.

—¿Cómo están los trabajadores? —preguntó, girándose para mirar a Nina.

—Dannyel me ha llamado. Estaba en una tienda en el centro y me lo dijo y...

—Nina —la cortó Eliza—. Los trabajadores...

—No han sido lesiones graves, se pondrán bien, pero Dannyel está furioso por lo ocurrido. Henry ha pedido que se haga un estudio de lo ocurrido para encontrar la causa —suspiró—. Ha sido horrible.

—Sí —aceptó Eliza—. Pero al menos están bien.

—Tienes razón.

Eliza titubeó, mirando la maleta que estaba cerca de las escaleras.

—El viaje...

—Oh sí —Nina rebuscó en el bolso y sacó un billete de avión, entregándoselo—. Dannyel me lo envió para que te lo diera. Me dijo que te acercara al aeropuerto porque él se quedará unos días más.

Nina la miró directamente a los ojos, tal vez esperando a que dijera algo. ¿Decir algo? Eliza cogió el billete de su mano y apretó los labios antes de sonreír.

—Gracias. Si me acercas me harías un favor. No sé moverme por la ciudad y...

—¿No te importa? ¿Así sin más?

Eliza sacudió la cabeza. Sabía a lo que Nina se refería, pero no había nada de que hablar. Nunca lo había habido.

Y eso le dolía.

—Te dije que entre nosotros no había nada.

Trató de sonreír con naturalidad y Nina asintió con la cabeza, suspirando melodramáticamente mientras la ayudaba a sacar la maleta.

La despedida en el aeropuerto fue fugaz. Nina tenía otras obligaciones y, por la ansiedad que mostró mientras esperaba unos diez minutos con ella, no le gustaban las despedidas. Eliza, cansada de los nervios de la prima de Dannyel, la animó a que fuera a ayudar a su hermano, quedándose sola en el aeropuerto mientras esperaba a embarcar.

En ningún momento perdió la esperanza de que Dannyel apareciera pero mientras entregaba el billete y comenzaba a caminar hacia el interior, giró un momento la cabeza para mirar al resto de la cola que esperaba para enseñar el billete y pasar.

Dannyel no iría a despedirla.

Eso era todo.

Se dio la vuelta y subió al avión, recordándose que no debía haberse enamorado otra vez.

CAPÍTULO 12

Eliza sonrió a la pareja que miraba los folletos sobre el viaje a París que habían pedido para su viaje de novios.

—Podéis llevarlo a casa, junto al de Venecia y Austria que también os ha gustado y podéis revisar tranquilamente las actividades programadas y las visitas. Aún tenéis tiempo para pensar en el viaje que más os guste.

La pareja era joven, posiblemente de la misma edad que ella tenía ahora, aunque más maduros que la edad en la que ella había hecho la locura y el error de casarse por primera vez. Deseaba que a aquellos, como a las anteriores parejas que habían acudido a la agencia en busca del mejor y más romántico viaje de novios, les fuera todo bien y que el amor que parecían procesarse en ese momento durara para siempre sin que ninguno tuviera que salir herido.

—No lo sé —dijo ella, señalándole el folleto—, ¿Cuál nos aconsejas tú?

Eliza se encogió de hombros. Entre todas las cosas que se había perdido en aquella ocasión había sido el viaje de novios; es más, la primera vez que había salido del país había sido con Dannyel...

Recordarlo le produjo un dolor en el pecho y trató de pensar sólo en los folletos. Ya habían pasado tres meses desde que había dejado Inglaterra y había visto a Dannyel por última vez. Desde entonces no había tenido el valor de mandarle un mensaje, ni a él ni a ninguno de sus primos y tampoco había recibido ninguno de ellos, aunque unos días después de regresar, sí había comprobado que el sueldo que Dannyel le había prometido en su mansión de Londres se registraba en su cuenta bancaria. Eso le había puesto furiosa, al principio, luego había razonado con la mente fría que ella sólo había sido una empleada y si Dannyel Kenerlan tuviera que mantener el contacto con todos los empleados que dejaban de trabajar para él, no tendría ni un minuto libre al día.

¿Pero también se acostaba con todos los empleados?

—¿Disculpa?

—¿Qué?

Eliza miró a la pareja que la miraban confusos e hizo una mueca que pretendió ser una disculpa. Había vuelto a soñar despierta.

—Lo siento... como decía... —Eliza miró los folletos, sin levantar la mirada cuando escuchó como las puertas se abrían y entraba una ligera corriente de aire—. Yo preferiría ir a París.

—París, ¿verdad?

La chica pareció animada y miró entusiasmada a su novio que no parecía muy feliz con la idea de viajar a Francia. Eliza suspiró. Era evidente que no siempre iban a coincidir en todo.

—Pero es sólo mi opinión. Austria es muy bonito —al menos eso decían, ella nunca había estado allí—. Y si no os gustan esos destinos siempre hay otras alternativas, si lo preferís...

—París es un buen destino. Un lugar lleno de cultura...

—Señor tendrá que esperar un poco estoy con otros clien...

Eliza enmudeció cuando levantó la mirada y se quedó helada, perdiendo la noción del tiempo, olvidando donde se encontraba, la gente que la rodeaba y los clientes que también se habían girado para mirar.

—Y un lugar muy romántico. Una buena elección, señorita.

Dannyel Kenerlan sonrió de aquella manera tan especial que solía hacerlo algunas veces, capaz de derretir a cualquier mujer que estuviera bajo sus encantos y la chica rió atolondrada, ganándose una mirada feroz por parte de su novio.

—Señor Kenerlan —musitó Eliza con la voz ahogada pero radiante de felicidad.

—Pensaba que habíamos acordado tutearnos.

—Ah... sí —Eliza rió—. Hace tres meses.

—Tres meses —repitió Dannyel—. Eso parece que es hace mucho tiempo.

—Demasiado —murmuró Eliza con aspereza, recobrando el sentido—. ¿Y en qué puedo ayudarte?

—Oh, venía por un viaje.

¿Un viaje?

—En ese caso, puedes sentarte ahí —dijo Eliza señalando con un bolígrafo unos incómodos asientos de plástico que había a un lado de la tienda. Dannyel también los miró, con el ceño fruncido y un brillo burlón en la mirada—. Ahora estoy atendiendo a otros clientes. Además, mis compañeros pueden atenderte...

En ese momento, Olmo, el único que estaba libre en ese momento se incorporó para hacerse notar, pero Dannyel ni siquiera giró la cabeza para mirarlo.

—No hace falta. Esperaré —dijo—. No tengo nada mejor que hacer.

Eliza se encogió de hombros, deseando que su expresión mostrara más indiferencia de lo que lo hacía su corazón.

Intentar prestar atención a la joven pareja fue difícil, que se pusieran de acuerdo después de la maligna intervención, complicado. El novio se negaba a ir a París, tajante, posiblemente porque ella tampoco quería ningún otro viaje que no fuera París, algo que posiblemente había ayudado a decidirse la misma intervención de Dannyel. Pero no girar el cuello repetidas veces hacia la impecable presencia fuera de lugar de Dannyel Kenerlan fue imposible. Sus ojos se desviaban hacia él antes de que ella notara que lo estaba haciendo.

Cuando finalmente la pareja se levantó, con más folletos en la mano, y una expresión taciturna y se fueron, Dannyel se levantó y se acercó a ella, permaneciendo de pie.

—Puedes sentarte —dijo Eliza sin levantar la cabeza.

Dannyel obedeció y Eliza se puso cada vez más nerviosa.

—¿Tienes algún lugar en mente o quieres que te ayude a elegir algún destino?

—Había pensado ir a Inglaterra.

Eliza lo miró y tras un momento sin hacer nada dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—No me digas, ¿A Londres?

—Eso es.

—No me necesitas para organizarte ese viaje. Puedes pedirle a tu secretaria o a John que lo haga.

—Sí, pero el viaje que quería hacer es para dos personas —Eliza sintió una sacudida dentro de ella.

—¿Para dos personas?

—Y ahí es donde te necesito.

—¿A mí?

—A ti.

Los dos se miraron fijamente y Eliza se ruborizó. Tomó aire y miró tras la espalda de Dannyel.

Todos los estaban mirando y al darse cuenta que ella los miraba, apartaron rápidamente las cabezas y siguieron hablando.

Eliza suspiró.

—¿Y cómo puedo ayudarte ahí?

—Viniendo conmigo.

Ni siquiera vaciló al decirlo y Eliza comenzó a marearse.

—¿Por qué? —murmuró, dispuesta a no empezar con nuevas esperanzas que luego serían ahogadas. Lo había esperado en el aeropuerto y él no había ido... ¿no lo decía todo eso? Ni una llamada en tres meses.

—Porque he tenido tiempo de comparar mi vida, una vida en la que tú no existes y el tiempo que pasé contigo.

Las miradas de los dos volvieron a encontrarse y esta vez Eliza no la apartó.

—¿Qué...?

—Ven conmigo a Londres.

—¿Qué?

Eliza jadeó y se llevó una mano al cuello.

—Las obras han terminado. El restaurante está listo para la inauguración y quiero que estés allí conmigo.

Oh. Era eso.

Eliza sonrió sin ganas.

—¿Quieres que vaya como una empleada? —dijo con un tono neutro pero hasta ella podía escuchar la amargura que emanaban sus palabras.

—No —Dannyl inclinó la espalda y apartó la pantalla del ordenador para poder agarrarla de la barbilla—. Quiero que vengas como mi novia.

Eliza lo miró sorprendida.

—Eso... —murmuró entrecerrando los ojos, resistiendo el impulso de apartar su mano y sentarse con la espalda apoyada en la silla—, ya lo fingimos una vez, ¿recuerdas? Para contentar a Nina.

—Yo no recuerdo que lo dijera para contentar a nadie —dijo él despacio, fríamente.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

No planeaba dejarse llevar por las tontas emociones otra vez, por la inútil esperanza que sólo la dejaba con más dolor después.

Y, por supuesto, no pensaba dar su brazo a torcer.

—Yo lo dije muy seriamente.

—Sí, seguro, quedó todo muy claro —farfulló, aún dolida por la manera que él la había rechazado la noche antes de volver sola.

—¿Todo muy claro?

Dannyl enarcó una ceja, contrariado. Posiblemente la conversación no estaba yendo de la manera que él quería.

—Sí —Eliza miró a su alrededor, comprobando que aún la seguían observando con disimulo y notó como se sonrojaba antes de decir—: aquella noche, cuando te fuiste de la habitación.

Había pretendido decir aquello en un susurro pero no podía evitar tener la sensación de que algunos compañeros sonreían con disimulo.

Tal vez simplemente se estaba volviendo paranoica.

—Lo hice porque creía que no estabas segura —razonó él con tranquilidad, parpadeado como

si no entendiera ese argumento—. No quería ser egoísta.

—¿Qué? —susurró indignada—. Sabías que estaba más que dispuesta.

Dannyl la miró sorprendida y luego sonrió burlón.

—Vale, tal vez esto es un malentendido o puede que sólo sea falta de comunicación entre los dos.

Eliza frunció el ceño, irritada por las risas de Dannyl.

—Oye...

—Lo dejaré claro esta vez.

—¿Qué?

—¿Quieres ser mi novia?

Pese a la conversación que estaban teniendo en ese momento, la pregunta le pilló por sorpresa y Eliza lo miró asombrada, con la boca abierta.

—¿Hablas... en serio?

—No acostumbro a bromear demasiado, ya sabes.

Pese a que realmente no sabía lo que estaba haciendo, Eliza asintió con la cabeza.

—Lo sé...

—¿Y entonces, quieres ser mi novia o no?

Eliza sonrió despacio, notando como el corazón resonaba dentro de su pecho, palpitando con fuerza.

—Sí, yo diría que sí quiero.

—Eso es estupendo —aseguró él inclinándose más hacia ella, sobre la mesa y dejó su rostro muy cerca al suyo—, ¿y qué me dices del viaje?

Eliza rió quedamente y dejó que los labios de Dannyl la besaran con la pasión de un hombre que la había anhelado tanto como ella a él.

—Sí, iré.

FIN